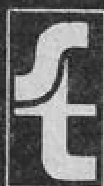


Selección

TERROR

ANOCHE SALI DE LA TUMBA

CURTIS GARLAND



SELECCION

TERROR

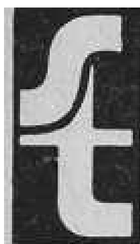
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

236 – El diabolico Doctor Kell, *Clark Carrados*.
237 – Maullidos en la noche, *Ralph Barby*.
238 – Los niños del cementerio, *Curtis Garland*.
239 – El monasterio perdido, *Ralph Barby*.
240 – Diabolicamente tuya, tia Louise, *Kelltom McIntire*.

CURTIS GARLAND

ANOCHE SALÍ DE LA TUMBA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 241
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.954 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

«Mi imaginación se tornó macabra. Hablaba de "gusanos, de tumbas, de epitafios". Me perdía en ensueños de muerte, y la idea del entierro prematuro poseía permanentemente mi espíritu. El horrible peligro al cual estaba expuesto, me obsesionaba día y noche... Cuando las torvas tinieblas se extendían sobre la tierra, presa de los más horrendos pensamientos, temblaba como los trémulos penachos de la carroza fúnebre...»

EDGAR ALLAN POE; *El entierro prematuro.* 1844.

PRIMERA PARTE
EL RELATO DEL MUERTO

CAPITULO PRIMERO

«Anoche salí de la tumba.

Había temido tanto por ese momento...

Cuando uno muere y es amortajado, cuando la tapa del féretro se cierra encima, y se escucha el golpe seco de las cerraduras ajustando el fúnebre arcón, se sabe que de allí ya no va a salir el cuerpo, sino convertido en huesos salpicados de jirones de tejidos podridos, o acaso hecho carne corrompida, maloliente, con vello desordenado y los gusanos pululando en las vacías cuencas donde antes hubo unos ojos llenos de vida.

Eso es la Muerte. De ella, no se vuelve. Nadie ha vuelto, que yo sepa.

Yo, sí.

Yo volví de mi ataúd para vivir una segunda existencia que nadie hubiese creído. Yo regresé de las tinieblas del panteón, como terrible emisario de ultratumba.

Yo, Jason Shelley.

Jason Shelley Scrag, nacido en Norfolk, educado en Londres. Y con residencia en Ramsgate, frente al estrecho de Dover, entre acantilados, rumor de oleaje, chillido agrio de gaviotas, nubes grises y tristes bosques corroídos por la humedad salitrosa.

Jason Shelley Scrag, fallecido el día de gracia del 22 de noviembre del año 1870, víctima de un repentino ataque cardíaco.

Ese soy yo. Ese fui yo.

Yo, que anoche salí de la tumba...»

*

Las cosas empezaron justamente aquel 22 de noviembre de 1870. Al menos, empezaron para Yvette Shelley, esposa del difunto Jason Shelley Scrag.

Todo había comenzado mucho antes, pero eso ella no lo sabía. Sólo supo que, en el viaje de negocios a Londres, Jason se puso repentinamente enfermo, sufrió un ataque al corazón en plena calle, y hubo de ser trasladado urgentemente al hotel donde se alojaban. Allí fue atendido por el único médico cuyo nombre

figuraba en la agenda de su esposo: un tal doctor Stanley Devlin.

El médico no se mostró en absoluto optimista, tras atender al paciente.

—Lo siento, señora. Es muy grave —dijo, cerrando su maletín tras auscultarle y extender una receta con mano firme.

Yvette Shelley pestañeó, alarmada.

—Muy grave... —musitó—. ¿Es posible? Jason..., mi esposo... es hombre saludable, fuerte...

—Lo he observado, señora. No ahora, sino en una ocasión en que me visitó en mi consultorio de Paddington...

—¿Le..., le visitó? —Yvette movió la cabeza de oscuros y lacios cabellos, con aire pensativo—. Es raro... Él nunca me dijo nada...

El doctor Devlin sonrió. No era una sonrisa agradable. Para ser médico, el hombre tenía un aspecto inquietante. Vestía bien, eso sí. Buena levita, bien cortada, de excelente paño gris. Pantalón negro, calzado charolado... En la percha colgaba un macferlán negro, largo y suntuoso, de forro de seda, sombrero de alta copa y reflejos aterciopelados. Su reloj de bolsillo, cruzando la cadena dorada el estampado de su chaleco, era de oro macizo. Un médico aparentemente próspero.

Pero tenía los dientes amarillentos y desiguales, como sí la más elemental higiene propia de un galeno, faltase en su aseo personal. Las patillas frondosas y oscuras eran algo desiguales, los gestos desmañados. Y sus manos... Su cabeza...

Tenía manos velludas, uñas grandes, largas, curvadas, casi siniestras. Sucias, además. Con la mugre de un mal curandero, como mínimo. La cabeza era grande, casi deforme, demasiado peluda, demasiado chata de cara, aplastada de facciones. A Yvette no le gustó. Pero Yvette no estaba habituada a deambular por Londres, como su marido. Londres era demasiado grande. Un laberinto para ella, habituada como máximo a las ciudades coloniales de la India, a las poblaciones siempre reducidas de las Colonias... o al provincianismo apacible y casi familiar de Ramsgate, no lejos de Cliffs Manor, la residencia de los Hastings. Porque Hastings era, después de todo, el apellido de soltera de Yvette. Yvette, única heredera de los Hastings. Con la excepción del loco y siempre ausente primo Roger, que ni deseaba ser heredero, ni gustaba de Dover, de las gaviotas, de Cliffs Manor o del

chismoso y pueblerino Ramsgate.

De modo que el doctor Devlin estaba allí, atendiendo a Jason, pese a su aspecto simiesco, desaseado e ingrato. Y su apacible respuesta de ahora le trajo una aclaración nada convincente sobre el caso:

—Es natural, señora, que un hombre no hable de una afección repentina que le preocupó. No tiene por qué asustar a su mujer con lo que considera una pequeñez, pero...

—Pero... ¿qué? —indagó ella, tensa.

—Pero esto no es una pequeñez. Se lo advertí entonces.

—¿Qué sucedió entonces? —insistió Yvette.

—Bueno, algo más leve que ahora. Una punzada, un desvanecimiento... El señor Shelley se alojaba entonces en el hotel Las Armas de Kent…

—Recuerdo eso. Debió ser... hace un año, aproximadamente.

—Once meses —el médico sonrió, inclinando la cabeza, acaso para que la luz de gas de los globos decorados de la estancia no revelase el amarillo sucio de sus dientes—. Soy hombre de buena memoria, señora.

—Ya lo veo. Once meses... Bien —suspiró lentamente Yvette Shelley—. ¿Qué pasó entonces?

—La dirección del hotel me avisó, y le presté cuidados, recomendándole una consulta más minuciosa. Vino a verme a mi consultorio, Le examiné.

—¿Y...?

—Y le dije la verdad: debía cuidar su corazón. No está todo lo bien que debiera estar. Cualquier día, puede darle un serio disgusto. Ocurre muchas veces en personas físicamente fuertes, acostumbradas a la buena mesa, los buenos vinos, el brandy de calidad, la vida agitada de los negocios...

—Los negocios son míos —suspiró ella—. Pero Jason los lleva. Dios mío, nunca debí depositar semejante carga sobre él. Si yo lo hubiera sabido...

—Señora, él lo sabía —miró al paciente, tendido en el lecho, en aparente reposo—. Pero no quiso revelar la verdad. Tal vez cometió un error irremediable...

Golpearon suavemente en la puerta. Yvette giró la cabeza. También el médico, que invitó en nombre de ella con un seco «¡Sí,

pase!».

Entró la persona que llamaba. A Yvette no le gustó. Era un sentimiento muy femenino. Nunca le gustaron las mujeres más bonitas que ella. Tal vez la que entraba ahora no fuese así. Pero lo parecía. Cuando menos, lo que podía faltarle en distinción, en elegancia, en serena belleza, le sobraba en atractivos físicos. Era opulenta, y realzaba sus curvas cuanto podía. Intensamente pelirroja, de ojos muy verdes y maliciosos, de pechos desarrollados, enhiestos, que su descote, demasiado profundo, exhibía con descaro. Caderas ampulosas, cimbreantes andares... Por un instante, pensó en un error. Alguna ramera procaz se había metido en la alcoba del hotel.

Las palabras del doctor Devlin, el muy desagradable doctor Devlin, le sacaron de su error:

—Adelante, señorita Maddern... —se volvió a Yvette e indicó—: Es mi enfermera, Beverly Maddern. Señorita, esta es la señora Shelley, esposa del paciente...

—Es un placer, señora —se inclinó, ceremoniosa, e Yvette celebró que su esposo estuviera inconsciente en el lecho. Ese gesto lo único que hacía, era llevar el descote de la enfermera hasta límites intolerables para la moralidad de una perfecta dama británica de la mejor sociedad victoriana. Retiró sus ojos de aquella descocada visión exuberante, y se limitó a un gesto de salutación.

La enfermera acudió junto al doctor. Ambos celebraron un conciliábulo susurrante, en torno al lecho del inconsciente Jason. Seguía siendo buena cosa que él no estuviese consciente. Yvette se preguntó si semejante clase de enfermera habría atendido a su marido en la consulta de Paddington, once meses antes. Rechazó la idea por ridícula. No era lógico sentir celos de Jason. Era un esposo ideal. Además de arrogante, culto, inteligente, sensato y sobrio, era afectuoso, enamorado, tierno y dulce con ella. Un marido ideal, en suma.

Ahuyentó todas esas locas ideas de su cabeza, para preocuparse de la situación de su marido, de su salud, de su reacción al medicamento que ahora le aplicó Beverly Maddern, la enfermera.

Fueron unas tabletas amarillas. Tres, con un sorbo de agua.

Luego, Jason durmió apaciblemente. Ese sueño duró unas horas. Tuvo fiebre primero. Luego, se calmó. Al despertar, estaba

completamente tranquilo, con temperatura correcta, con buen aspecto en general.

Los dos esposos se miraron. Estaban a solas ambos. El poco agradable doctor Devlin y su descocada enfermera, se habían ausentado ya. Afuera, la noche londinense era un amasijo de niebla, frío húmedo y lechosas luces de gas que apenas si difuminaban la bruma en las esquinas. De vez en cuando, las ruedas de un carruaje y los cascos de sus animales de tiro, hacían trepidar los vidrios y rebotaban en el empedrado de la calle.

—Jason... —murmuró Yvette, al ver abrir los ojos a su marido.

El hombre enjuto, joven aún, bien parecido, de sienes levemente plateadas, como sus patillas cuidadas, sonrió débilmente desde el embozo y almohadas del lecho del hotel londinense.

—Hola, cariño —musitó.

—Jason, ¿estás mejor? —indagó ella, anhelante.

—Mucho mejor, parece —respiró hondo, tocando su pecho a la izquierda, con gesto preocupado—. Seguramente... te di un buen susto, ¿no?

—Muy grande, Jason. Debiste decirme... la verdad.

—¿La verdad? —arrugó él su ceño, sin perder por ello su aire afectuoso.

—El doctor Devlin me contó todo —habló humildemente Yvette.

—¡Devlin! —reveló sorpresa Jason—. ¿Quién te hizo llamar precisamente a ese doctor?

—Tenías su nombre en tu agenda. No sabía qué hacer cuando perdiste el conocimiento en la calle. Un *policeman* me ayudó. Devlin vino a atenderte. Me contó... lo de la otra vez.

—El viejo charlatán... —se irritó Jason Shelley, malhumorado. Sacudió la cabeza—. Lo siento de verdad, cariño. No hubiera querido inquietarte con una tontería así...

—¿Una tontería? Jason, el corazón es algo muy serio. El doctor dice que padeces algo crónico. Tienes que cuidarte. Nada de viajes, de negocios, de preocupaciones ni esfuerzos violentos. Nada de cacerías, nada de trabajo excesivo.

—Pero... ¡pero querida, tienes negocios, dinero invertido! —protestó Jason—. Es preciso que alguien cuide de todo ello. Tú no eres una mujer para esas labores...

Los negros ojos de Yvette brillaron profundamente. Su boca carnosa reveló un mohín de amor, de ternura. Se sentó en el lecho, rodeó con sus brazos los hombros de su marido.

—Querido mío… —susurró—. Si no sé llevar los negocios que papá dejó en Londres antes de su muerte en las Colonias…, yo…, yo lo abandonaré todo.

—¡No, Yvette! —protestó vivamente él, irguiéndose.

—Por Dios, Jason, cariño —le retuvo ella—. No te excites. No sufras sobresaltos. Está decidido. Voy a liquidarlo todo mañana mismo. En dinero efectivo, en valores o en lo que sea. Nada de negocios, nada de preocupaciones. Nos sobra dinero para vivir con la fortuna personal de papá. Eso es todo.

—No, no es todo —rechazó Jason—. Aún debo rehacer mi propia hacienda quebrantada, mis bienes en litigio…

—Olvida todo —cortó ella, tajante—. Nuestra renta será superior a las diez mil libras anuales. Demasiado dinero, incluso para ti, para mí… y para diez hijos que vinieran. Si es que vienen alguna vez…

Inclinó la cabeza de negro, terso, lacio cabello abundante, que golpeaba sus hombros. Había tristeza en Yvette. La mano ruda, grande y afectuosa de Jason, acarició esos cabellos amorosamente.

Al día siguiente, Yvette había liquidado todos sus negocios en Londres. Un abultado fajo de billetes, de acciones al portador y de valores bancarios, pasaron a su poder, a cambio de todo aquello.

Lo malo es que no sirvió de mucho. Aquel mismo día, al atardecer, cuando los faroleros prendían el gas en el alumbrado público de las neblinosas calles de Londres…, el doctor Devlin examinaba a Jason Shelley, tras un segundo ataque imprevisto.

Su diagnóstico fue rotundo, definitivo, sin dejar lugar a dudas:

—Señora, lo lamento mucho… Su esposo ha muerto.

CAPITULO II

Muerto.

Jason Shelley estaba muerto. El certificado de defunción acompañaba a Yvette, su esposa. También un permiso de la policía de Londres, para trasladar el cadáver hasta su lugar de residencia y panteón familiar, en Ramsgate, condado de Kent.

El segundo ataque cardíaco había sido fatal. Sin remedio posible. Cuando el doctor Devlin acudió urgentemente al hotel, nada se podía hacer por el paciente. Nada, salvo extender el certificado correspondiente.

Después de eso, no quedaba mucho por hacer. El día antes de la muerte, Yvette había telegrafiado a su fiel servidor McLaren, el viejo y rudo escocés que llevaba casi toda su vida dedicada a servir a los Hastings y a su hacienda de Cliffs Manor, no lejos de los acantilados.

Al día siguiente a la muerte de Jason, McLaren estaba en Londres. No resultó difícil adquirir un buen *fiacre* de cuatro caballos, y emprender viaje de regreso a Ramsgate.

Naturalmente, con el cadáver.

Yvette no había regateado gastos. Nunca lo hacía, cuando se trataba de algo íntimo y familiar. Era distinta al viejo y difunto Hastings en ese aspecto. Ella sabía de la dura lucha en las Colonias, de las guineas obtenidas una a una, con sudor y trabajo. Pero sabía también que era inútil ser tan tacaño como lo fuera su padre. Ella, actualmente dueña de todo, como hija única, sin siquiera las posibles reclamaciones legales de su primo Roger, desaparecido acaso en alguna campaña hindú, frente a los rebeldes bengalíes, allá en las Colonias —reclamaciones que por otro lado ella hubiera atendido gustosa, pese a no estar muy de acuerdo con los gustos algo libertinos y alegres de su joven primo Roger—, no tenía ella por qué dar cuentas a nadie. Pero tampoco quería ser indigna del bueno y esforzado marido que tuvo, Jason Shelley.

Jason siempre había deseado algo en esta vida:

—Yvette, si algún día muriese antes que tú…, por favor, entiérrame en el panteón familiar de los Hastings. Sólo así, cerca de ti y de cuanto tú significas, reposaría en paz eternamente…

Es raro. Debió sospecharlo. Ahora, volviendo la vista atrás, recordaba que, en los últimos meses, Jason había insistido con sospechosa obstinación, cinco o seis veces cuando menos, sobre ese mismo tema. Presentía su próximo final. Le ocultó su inicial crisis en Londres, pero le sugirió claramente que aquello podía suceder. Y había sucedido.

—Estúpida de mí… —musitó Yvette, cuando el *fiacre* abandonó Londres, lanzándose al veloz trote de los caballos por el camino real de Kent—. ¿Por qué, Dios mío, por qué no imaginé lo que le sucedía, lo que podía llegar a ocurrir?

Las lágrimas corrieron de sus ojos negrísimos, centelleantes en la noche, bajo el azote inclemente de la tenue llovizna, de la neblina, del frío nocturno. El agua pulverizada y gélida salpicaba su rostro hermoso y sereno, pálido y casi virginal, pese al toldo negro, charolado, del *fiacre* lanzado hacia Dover.

A su lado, el corpachón sólido del pelirrojo McLaren, con sus riendas y la fusta en las manos, lanzado en la conducción del carruaje negro, era como una maciza protección contra la inclemencia del tiempo, contra la tremenda soledad de aquel viaje fúnebre, entre hileras de árboles altos y sombríos, como fantasmones erguidos en la siniestra niebla que todo lo envolvía. Y con el féretro golpeando a veces las paredes del carruaje, allá atrás en el compartimiento posterior del *fiacre,* pese a las ataduras aplicadas para su contención.

El féretro con el cuerpo de Jason…

Yvette cerró con amargura sus ojos. Respiró hondo. El carruaje rodó sobre el terreno abrupto, girando en una curva, entre remolinos de niebla espesa. McLaren la miró, con un resoplido.

—¿Le ocurre algo, señora? —indagó.

—No, nada —sacudió la cabeza, trémula—. Sólo… pensaba.

—Entiendo —Angus McLaren escudriñó cuanto pudo ante sí, en la torva noche sin visibilidad, que los caballos y él recorrían más por instinto que por buena orientación—. Ha debido ser un rudo golpe, señora…

—Muy rudo. Apenas tres años de casados… y ocurre esto…

—Usted es todavía muy joven, señora —comentó el servidor—. Con el tiempo…

—No, Angus —cortó ella, incisiva—. Eso, nunca. Fui esposa de

Jason. Lo perdí. Le guardaré eterno recuerdo. Y respeto. No podría tener otro esposo, sentir a otro hombre en casa, verlo sentado en mi mesa, tendido junto a mí en el mismo lecho... No, eso nunca, Angus.

McLaren no dijo nada. Los caballos avanzaban desconfiados en la densa bruma. Sus crines oscuras eran como fantasmas negros, agitándose en la noche. Alrededor de ellos, la ruta real hacia Kent, era un helado sudario de niebla.

Detrás, el féretro emitió un golpe seco primero. Un sordo crujido después. Yvette se irguió, sobresaltada.

—¿Oyes eso, Angus? —musitó—. Es..., es como si el ataúd fuera a abrirse... y el señor quisiera salir de él, lleno de vida, para rodearme con sus brazos...

McLaren se persignó, presuroso. Azuzó a los caballos. Uno relinchó, y corrieron todos con mayor premura.

—No lo querrá Dios, señora —dijo el fervoroso escocés—. Los muertos... muertos están. No salen nunca de la tumba...

—¿Quién puede asegurar eso? —se encogió ella de hombros, con extraña entonación.

McLaren la miró con rapidez, de soslayo. Sus patillas frondosas y pelirrojas, parecían erizadas en este momento.

—Nunca salió nadie con vida de un ataúd —jadeó—. A menos que fuese..., fuese... Bueno, que padeciese esa enfermedad que algunos dicen que padecen, y les hacen parecer prematuramente muertos, sin estarlo realmente. Pero tampoco sobre eso hay seguridad, señora...

—¿Catalepsia? —musitó ella lentamente, la vista negra, fulgurante, fija en la senda de niebla y de oscuridad, de silencio y de negrura.

—Sí... Sí... Catalepsia dicen que se llama —convino el escocés.

—Ese es un mal hereditario —recitó la voz de Yvette—. Un médico, en la India, me dijo que papá lo sufría. Pero no era cierto. El murió. Yo dispuse para él un panteón especial. Le visitaba cada día, podía ver su rostro, su cuerpo, sus manos cruzadas, con un rosario, bajo la mirilla de vidrio. Nunca, nunca, llegó a moverse. Nunca se alteró la hermosa serenidad de sus facciones... La última vez que le vi...

Se estremeció. Se mantuvo callada unos momentos. McLaren

tragó saliva tan bruscamente, que la nuez, al subir y bajar, produjo un ruido casi cómico. Sin embargo, nadie rio por eso.

—La última vez... ¿qué, señora? —musitó el supersticioso McLaren.

—Los gusanos empezaban a hacer presa en él —tembló ella, vibraron sus labios pálidos y convulsos, en el rostro tremendamente lívido, que contrastaba con el negro de sus cabellos y ojos, a la luz tenue del farol del *fiacre,* en el pescante—. No era agradable ver el espectáculo de un padre comido por..., por la corrupción de la carne mortal. Grité y me desvanecí al ver brotar de sus ojos las formas de los gusanos pegajosos... Bajo los párpados no había nada. Nada, salvo nidos de microbios fétidos... No, McLaren El médico de Lahore se equivocó. Papá no era un cataléptico. Murió, realmente.

—Ya lo ve, señora —resopló McLaren, molesto por el tema de la conversación, escudriñando en torno, nada tranquilo, la masa de tinieblas brumosas—. No existe nada, cuando uno ha muerto. Sólo el silencio, el olvido...

—Yo no hablé antes de catalepsia, Angus. Me refería a..., a otra cosa. Cuando se ha vivido tantos años en la India, una se acostumbra a ver cosas insólitas, anormales. Cosas que nunca sucederían en otros lugares del mundo. Los sacerdotes hindúes, tienen conocimientos extraños sobre la vida y la muerte... Dicen que aprendidos de viejos lamas, tibetanos, de religiones prohibidas... Dicen que allí es posible la resurrección de los muertos, e incluso hacer bailar cadáveres a la luz de antorchas, mientras emiten cánticos de su liturgia...

—Es un tema que haría feliz a la señora Sanders, pero no a mí —se estremeció McLaren, aprensivo.

—¿Charlotte Sanders? —suspiró Yvette Shelley—. Sí, es posible. Pero ella es sólo una simple espiritista. Cree en algo más allá de lo humano, pero solamente espiritualista, no material. Yo me refiero a otra cosa, Angus. A... dar vida a los difuntos. A levantar cadáveres...

—¡Señor! —jadeó McLaren, persignándose de nuevo, sudoroso el ancho rostro, pese al húmedo frío reinante.

—No, no temas —los exangües labios de ella casi dibujaron una diluida y triste sonrisa al proseguir—: No es cosa del diablo, sino de los hombres y su sabiduría... Hay quien llama *zombies* a los muertos

que viven. No importa cómo les llamen. Hay medios increíbles de hacerlos revivir, siquiera sea temporalmente... Pero todo eso ocurre en la India. Yo intenté a veces asistir a una de esas sesiones alucinantes... No me autorizaron. Un iniciado me miró profundamente. Me dijo que era posible que una mujer como yo tuviera poderes capaces de ser dirigidos, a juzgar por mis ojos. Pero que una mujer occidental no debía mezclarse en sus ritos. Para mí, era algo prohibido. Intenté que no lo fuese. Incluso leí, hice ritos propios... hasta que un fiel y viejo servidor nuestro me pidió, por su propia vida, que no insistiera. Nunca supe por qué lo hizo. Le prometí que no volvería a probar fortuna en ese terreno que está más allá de la vida. Y él... pareció tranquilo. Muy tranquilo. Me dio las gracias por ello. Una semana más tarde, estaba muerto. Era un hombre viejo y enfermo. Pero yo le hice una promesa. Y no la rompí. Nunca más me preocupé de todo eso...

—Pues hágame caso, señora —suplicó entre dientes su compañero de viaje— Siga igual. Se lo ruego.

—No..., no sé —miró ella atrás. Incluso entre jirones de niebla, la forma caoba del féretro, con su crucifijo de plata y sus cierres herméticos, era visible, bailoteando entre las ligaduras, a causa del trote rápido de los caballos—. Llegué a tener la loca idea de..., de recordar algo de aquellos ritos. De intentar... resucitar al señor Angus...

—¿Resucitarlo? —con los cabellos rojos convertidos casi en rígidos alambres, McLaren miró atrás, a la forma oblonga. Sus ojos azules revelaron un terror ostensible—. Cielos, señora por lo que más quiera... En nombre mismo de Dios, no piense otra vez esa locura. No se le ocurra... por nada del mundo... semejante atrocidad. ..

—Locura... Atrocidad... —los ojos negros de Yvette Shelley vagaron en la niebla indecisos. Suspiró. Se arrebujó mejor en su capa oscura, con un escalofrío. Acaso para protegerse de la fría noche viscosa. Acaso para cubrirse del propio frío interior... Tras un silencio, añadió, susurrante—: Sí... Quizá sea lo mejor de todo...

El *fiacre* negro, con sus dos viajeros vivos y su viajero muerto dentro *de* la caja oblonga color caoba, estremeciéndose a golpes allá atrás, siguió su nocturno viaje hacia las costas de Dover, frente al estrecho.

*

Muriel Nash les recibió en la entrada de Cliffs Manor.

Como siempre sucedía, cuando ellos volvían de viaje. O cuando salían de excursión a alguna ciudad próxima a Ramsgate.

En esta ocasión, Yvette Shelley no se sintió complacida por la presencia de Muriel en las cercas de Cliffs Manor. No supo en principio la razón exacta de todo ello. Luego, meditándolo más despacio, creyó hallarle la solución al enigma.

Muriel se parecía demasiado a una mujer a quien había visto escasamente, pero que le resultó tremendamente odiosa: la enfermera Beverly Maddern, allá en Londres.

No es que el parecido fuese real. Ciertamente, sus rostros, aunque vulgares ambos, no tenían nada semejante entre sí. Verdes eran los ojos de la enfermera, grises los de Muriel. Pelirroja la ayudante del doctor Devlin, de pelo castaño, ligeramente rubio, la doncella de Cliffs Manor. Más alta ésta que aquélla. Más vulgar quizá. Pero igualmente exuberante de formas. Era curioso: hasta ahora, Yvette nunca se había fijado en la exuberancia de los pechos y de las caderas de su doncella Muriel. Tampoco en que el uniforme, quizá, trazaba su curva de encajes demasiado ampliamente, en torno al nacimiento de aquellos senos espléndidos y macizos, que ella exhibía con desparpajo.

Pero era ridículo pensar en todo eso. Los celos no tenían ya el menor sentido. Jason estaba muerto. Y Muriel, solícita siempre, con aquel afable y dulzón tono suyo, propio de las campesinas de Surrey, estaba ayudándola a descender, ron lágrimas incluso en sus grises pupilas, vestida de gris y negro, aunque sin renunciar a su profundo descote.

—Señora, Dios sea loado… —susurró—. Hamilton trajo el telegrama de Angus justamente esta mañana. Por eso supimos… lo ocurrido al señor en Londres. No sabe cómo sentimos…

—Lo sé, Muriel —gimió entre dientes Yvette. Incluso la miró con gratitud olvidando sus ridículos celos anteriores, e incluso sin dar importancia a las opulencias pectorales de la sirvienta. Más allá, la esposa de Angus, el bueno de Ritcher… Todo el servicio de la casa, esperándola con gesto de circunstancias—. Bajad el féretro

—rogó a McLaren—. Que Ritcher te ayude. Creo que para que el funeral sea legal, debe estar presente el agente Hoper...

—Thorley llegará de un momento a otro —hubo un destello procaz en los ojos de la doncella al mencionar al policía de Ramsgate, e incluso arregló coquetonamente sus ropas y cabellos, sin que Yvette se diera cuenta de ello—. Ya está avisado, y traerá el certificado firmado por el juez Bromberg. Está con artritis en casa, y no cree necesario desplazarse para comprobar la legalidad absoluta del funeral. Después de todo, tratándose del señor y la señora Shelley...

—Está bien —musitó la viuda, inclinando la cabeza—. Entonces, vamos hacia el cementerio. Todo debe estar preparado para cuando se lleve a cabo el funeral definitivo del señor...

Alrededor de ellos, la niebla de la tarde formaba una tenue cortina grisácea como si fuese humo brotando del suelo húmedo, reptando entre las piernas de los presentes. Ritcher y McLaren eran fuertes. Cargaron con la caja oblonga color caoba. La luz lívida de aquel atardecer trémulo, tras casi un día de viaje desde la capital, trazó destellos fríos en la plata del crucifijo.

La lenta y espectral comitiva se puso en marcha hacia el pequeño y tradicional cementerio vecino. El recinto funerario de los Hastings, a menos de trescientas yardas de Cliffs Manor...

*

Era una hermosa estructura de piedra y mármol.

Los ángeles formaban guardia a ambos lados de la puerta de vidrio y hierro forjado. Arriba, sobre la cúpula, una gran cruz de piedra con el nombre de la familia: HASTINGS

Más allá de la puerta, abierta ahora, los escalones descendentes hacia la cripta. En ella, algunos nichos con nombres, fechas, cruces, epitafios en latín o en inglés... Incluso dos mausoleos de mármol, con efigies de los Hastigns, fallecidos en 1750. Los fundadores de Cliffs Manor. Los auténticos iniciadores de la estirpe familiar.

Candelabros de seis brazos. Velones. Luz oscilante, amarilla. Luz de velas. Olor a cera. También a incienso. Un hueco sobre un soporte o nicho alargado, con lápida ajustable sobre unos goznes de metal dorado.

El policía Thorley Hoper, grande y obeso, colorado por el whisky de la cantina de Ramsgate, con bigote de morsa, sostenía solemnemente el certificado judicial en la mano. Todo era legal ya. El entierro de Jason Shelley era realidad. Pronto la lápida de piedra cerraría el compartimiento mural reservado a la caja de caoba con cruz de plata.

—Hay que inscribir el nombre y el epitafio —dijo sordamente Yvette, en el silencio con agobiante olor a cera y a incienso. El humo de velones y candelabros, ensuciaba el bajo y agobiante techo de la cripta familiar. En medio de todo ello, un flaco Cristo exhibía su rictus de dolor en una cruz de mármol negro. Debajo, flores. Muchas flores.

Flores nuevas, frescas, silvestres. Flores para Jason Shelley.

—Descuide, señora —habló McLaren roncamente—. Todo se hará en seguida. Mañana mismo, si el escultor Winkle quiere ir de prisa y olvidarse de la ginebra unas pocas horas...

Se musitó silencio por parte de alguien, quizá el policía Hoper, que luego carraspeó.

—¿Y el reverendo? —quiso saber Yvette—. Debía de estar aquí ahora, ¿no creen?

—El reverendo Williams se rompió una pierna el pasado sábado, yendo a caballo con los hermanos Lambeth —explicó Ritcher, con una tos—. Pidió que le disculparan, y prometió venir en cuanto pudiera a pronunciar un sermón por el difunto.

—Está bien —suspiró Yvette—. Terminen. Lo antes posible.

Asintió Ritcher. McLaren y él pusieron el ataúd en el hueco destinado al efecto, debajo del mausoleo de los primeros Hastings. Luego, tomaron la lápida para aplicarla. Fue la señora McLaren, con voz quebrada, quien se interesó:

—Un momento, señora... ¿No quiere ver por última vez a su esposo... antes de que el nicho se cierre definitivamente?

Vaciló Yvette. Se estremeció. A su mente acudió un horrendo recuerdo. Su padre, los párpados agrietados, abriéndose, para dejar paso a brillantes, húmedos gusanos...

—Dios mío... —gimió. Cerró los ojos. Luego se irguió, se llenó de valor. Afirmó—: Sí, por favor...

Se tambaleó un poco al andar. Muriel la sujetó con firmeza. Se movió con ella hacia el féretro. McLaren tomó la llave plateada que

ella le diera en Londres, tras recibirla del empleado de pompas fúnebres. En el silencio que reinaba en la agobiante cripta de techo bajo, de aire fétido por la cera quemada y por el incienso, acaso también por la muerte y la humedad que reinaban en ella durante años y años, el chirrido de la llave en las cerraduras del lujoso ataúd, fue como un doble estallido de metal agrio.

Finalmente, McLaren se hizo a un lado. Hizo un gesto al agente Hoper y al empleado del cementerio. El policía soltó un inoportuno eructo con hedor a whisky barato, y miró avergonzado a todos. Nadie pareció preocuparse demasiado del incidente. Hoper fue a la caja y la alzó. La madera chirrió. Yvette tembló. McLaren tragó saliva, con desesperado ascenso y descenso de su abultada nuez. Eludió mirar al interior del ataúd.

—Señora... —habló tímidamente el agente Hoper, Yvette avanzó. Muriel no se despegó de ella, sujetando con fuerza su brazo. Ambas mujeres miraron al interior del féretro.

Jason Shelley parecía dormir. Su rostro terso, ceniciento, era una máscara apacible de muerte y de descanso también. El rosario en las manos yertas, la mortaja amoratada, los oscuros cabellos, los mechones de plata, la arrogancia viril del difunto...

La viuda gimió entre dientes. Estiró una mano engarfiada, trémula.

—¡Jason, mi vida! —sollozó—. ¡Jason, vuelve a mí...!

Luego, se desplomó, pese al apoyo de Muriel Nash, su doncella. Había perdido el conocimiento.

Los demás se miraron entre sí. McLaren resopló. Hoper se persignó.

—Es bastante —dijo—. Cierren el féretro y el nicho.

Le obedecieron, mientras conducían a Yvette Shelley desde el panteón de los Hastings hasta la casa.

Jason Shelley yacía ya en su hermético ataúd. Tras un muro de mármol ajustado también de modo perfecto. Luego, al salir los asistentes al funeral, la puerta de hierro y vidrio se cerró con un chasquido sordo. Se cerró el pestillo, se ajustó el candado, se giró la llave en la barra de hierro que aseguraba el acceso al recinto funerario.

Los muertos nunca salían de sus tumbas. Pero los ladrones de tumbas ricas como la de los Hastings...

Ahora, nadie podía entrar en la cripta. Ni salir tampoco.

Y Jason Shelley tenía que salir.

Nadie lo sabía. Nadie podía imaginarlo siquiera, pero aquel cadáver estaba obligado a abandonar su tumba lo antes posible.

Aquella misma noche…

CAPITULO III

—Usted, señora Sanders...

—Sí, hija, yo —afirmó Charlotte Sanders, sacudiendo de barro sus grandes zapatones. Miró con disgusto al exterior, y se quitó el pañuelo de la cabeza—. Condenada lluvia... Parece que no caiga una gota. Y ese agua pulverizada, acaba empapándola a una... ¡Uf, los caminos están intransitables, mi querida Yvette!

—No debió salir de su casa en una noche así —meneó a cabeza Yvette Shelley, con reproche—. Podría sufrir un accidente...

—No creo que eso ocurra, hija —rio la mujerona, sacudiendo su canosa cabeza de cabello abundante y descuidado—. La vieja Charlotte es dura de pelar. No me he caído ni siquiera después de las nevadas invernales, cuando el frío aumenta y se convierte todo en hielo resbaladizo...

—Por favor, siéntese —rogó Yvette—. Ya iba a retirarme cuando usted llamó. Pero en realidad es porque me sentía muy sola. Únicamente por eso...

—Mi querida Yvette, entiendo muy bien lo que debe sentir —puso una de sus recias manazas en el hombro de la joven viuda—. Jason era un gran marido. Y un gran tipo, sí señor. Siento de veras lo ocurrido. Pero hay que hacerse a la idea. Y pensar que ellos nunca nos abandonan del todo. Ahí tiene a mi marido. Murió hace quince años... y cada semana viene a verme y hablar conmigo.

—¿Que él viene y...? —recordó de repente, saliendo de su abstracción, y afirmó—: Oh, sí, entiendo, señora Sanders...

—No, no entiende, hija. No puede entender. La gente cree que eso son paparruchas y tonterías de vieja chiflada. Pero nadie conoce ese otro mundo maravilloso, donde los seres humanos podemos comunicarnos, más allá de la vida y de la muerte...

—Yo lo entiendo. Yo sé que usted puede hacerlo...

—Sí —suspiró la vieja y excéntrica señora Sanders—. Veo que usted es la única que me comprende, aunque no esté de acuerdo conmigo en eso de..., del espiritismo.

—Espiritismo... —sacudió Yvette Shelley su cabeza de negro cabello largo, sedoso—. No, señora Sanders. No tengo fe en las cosas del espíritu, sino solamente en aquello que es tangible: el

cuerpo humano. Creo en que un ser difunto pueda volver… tal y como era en vida. Pero no su espíritu, a través de una invocación… Y perdone que me exprese así, señora…

—Está disculpada, hija —los ojos bonachones, vivaces y enigmáticos, de la dama de pelo grisáceo y descuidado, revelaron cierta picardía. Se acomodó en el amplio salón de los Hastings, estirando sus piernas, enfundadas en medias de recio algodón, y descalzando sus zapatones fangosos—. Estoy tan habituada a los insultos y a la estupidez de la gente que un comentario así me halaga. Está razonado, cuando menos. Tenemos ideas diferentes. Yo creo en una forma de vida, más allá de la que todos conocemos. Usted, también. Si, no me mire así. No diga nada. Sé que me entiende en el fondo, aunque pensemos de diferente manera. Es cuestión de matices, señora Shelley. Pero hay otra vida, no lo dude. Es posible que usted, o alguien como usted, logre un día dar vida a un hombre muerto. De momento, no he visto nada así, aunque sé que ocurren cosas raras en nuestras Colonias. Pero esto es Inglaterra. Al puro y simple espíritu, amiga mía, que nunca muere.

—Puede ser… —los ojos negros de Yvette recorrieron las paredes amplias, las luces de los candelabros, del petróleo… En Cliffs Manor no había gas. Sólo en las ciudades. En Londres. También en Ramsgate. Pero no allí, en la campiña, frente a los acantilados, el oleaje gris y violento, las nieblas marinas y las gaviotas estridentes.

Se incorporó. El vestido negro, de terciopelo pesado, de sedoso brillo, de encajes suaves, color marfil, daba a su figura alta y esbelta una arrogancia increíble, una presencia dominadora y llena de autoridad y elegancia. El cabello negro se peinaba ahora en sobrio moño alto, sobre su óvalo pálido, triste, igual al de un medallón o un camafeo. Se expresó lentamente, con frialdad:

—Señora Sanders, me gustaría tanto…

—¿El qué, hija? —la mirada de la anciana fornida se clavó en ella, expectante.

—Ver…, ver o…, o hablar, o sólo sentir cerca a mi Jason…

—Señora Shelley… —se sorprendió la vieja dama—. Señora… ¿de verdad… dijo eso?

—Sí —afirmó Yvette—. De verdad. Lo dije. Pero *sé* que eso… no puede ser…

—¿Cómo dijo eso? Claro que puede ser, hija... —afirmó enfática la señora Sanders.

—Solamente... saber si..., si está bien ahora..., esté donde esté su alma... —musitó con voz tensa Yvette—. No tengo demasiada fe en el espiritismo, en las invocaciones, pero...

—No siga. La entiendo. No diga nada, hija. Solamente deje que yo, esta misma noche, invoque a Jason Shelley...

—Dios mío... —Yvette bajó los ojos al suelo—. Es una locura. Nunca debí decir eso...

—¿Por qué no? Así es posible que su espíritu se sienta también mejor, hija mía.

—No, no puede ser ese el camino. Mi mente desvariaba. Jason no puede..., no puede... acudir ahora... Ni siquiera siendo cierto todo lo que usted dice... me sentiría mejor al saber que algo de Jason... está entre nosotros.

—No juzgue, querida. Deje que esta misma noche, antes de ir a descansar... pueda usted establecer contacto con Jason... y saber cuán tranquilo y descansado está allí donde él se encuentra ahora...

Había apretado sus fuertes dedos nudosos en torno a la muñeca de Yvette. Ella trató de resistirse, pero no supo hacerlo. Le temblaban las rodillas. Las manos se estremecían, y el llanto se cuajaba en sus ojos.

Pero su deseo de sentir de nuevo, cerca de ella, en alguna forma, al desaparecido Jason, prestó fuerzas a su voluntad. No quiso volverse atrás en la intención inicial. Deseó, realmente, que Charlotte Sanders invocase el alma del difunto en una de sus sesiones espiritistas…

Y no replicó a la mujer. Afuera, la lluvia se hacía más densa. La niebla rodeaba la finca en los acantilados. Dentro de la casa, amplia, suntuosa, extrañamente vacía y silenciosa ahora, las dos mujeres se dirigieron a un gabinete más recogido, donde iniciar su fantasmal experiencia...

Una experiencia más allá del mundo de los vivos. En sombras, con un velador, y unas manos unidas.

Esperando al espíritu del difunto Jason Shelley...

*

No.

No resultaba. Todo era inútil.

La señora Sanders resopló. Sus manos se crisparon en la mesa bruñida. El sudor las hizo resbalar. Respiraba agitadamente. Sacudió la canosa cabeza con energía, realmente disgustada consigo misma. Y con todo lo Que estaba sucediendo.

—No es posible —masculló—. Siempre dio resultado. Esto no puede ocurrirme a mí…

Yvette la contemplaba fijamente desde la sombra. Parecía flotar muy lejos. Buscaba algo en la oscuridad, sólo rota por el resplandor de un farol exterior, en la galería porcheada, enfrentada al jardín. Un farol que se agitaba, movido por la fuerte brisa marina, y también por ráfagas de agua en la noche. La luz, así, entraba por la rendija de los cortinajes, bailoteando grotescamente, dibujando y borrando sombras que parecían seres vivientes, llegados de ultratumba.

El ambiente era perfecto. Pero la invocación repetida de la señora Sanders no surtía efecto alguno. Alrededor, continuaba el silencio. La calma más absoluta acogía las palabras susurradas por la médium en la extraña sesión espiritista de Cliffs Manor. Jason no acudía. No respondía. No daba señales de…, de vida, o lo que pudiera ser aquello, más allá de la propia existencia humana natural.

Aun así, estaba probando de nuevo. Presentes en la reunión, la señora McLaren, fervorosa creyente en las prácticas espiritistas de la señora Sanders; Muriel Nash, en cuyo nacarino descote tumultuoso se reflejaban los vaivenes de luz amarilla del exterior… La propia médium, la viuda Shelley…

Cuatro personas esperando la llegada de alguien que no quería acudir. Y que no acudió.

—¡Imposible! —jadeó por fin, con desaliento, la señora Sanders. Resopló, retirando sus manos de la | mesa—. Señora Shelley, lo siento. No puedo hacer más. Se acabó la sesión. Enciendan las luces, por favor.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué Jason no ha querido venir?

—No lo sé, querida mía —rezongó con mal disimulado disgusto la médium—. A veces creí que él se acercaba a nosotros, que iba a entrar en nuestro círculo… e inmediatamente, esa sensación se

perdía definitivamente. No sé. Es como..., como si no le fuera posible hacerlo. Luego, sentí...

Se detuvo sin terminar. Yvette la miró, interrogante. Parecía que, de repente, la señora Sanders se hubiera arrepentido y no quisiera terminar la frase iniciada.

—Sintió... ¿qué? —quiso saber la viuda.

—No, no sabría explicarlo, pero..., pero fue como si un espíritu, uno ajeno, surgido de alguna parte, me dijera algo...

—¿Algo? ¿Entendió lo que le dijo?

—Pues... sí. Pero, naturalmente, debí equivocarme. 0 él era uno de esos espíritus burlones que una a veces se encuentra en ocasiones parecidas... —hizo un vivo ademán, como quitando importancia a todo aquello—. En resumen, señora, no creo que tuviera la menor importancia. ..

—Prefiero que me diga lo que le dijeron. O lo que, cuando menos, usted creyó que le decían...

—Es que... no tenía sentido, señora —confesó rotunda la señora Sanders—. Ningún sentido.

—Aun así... ¿qué era ello?

Charlote Sanders meneó la cabeza. Miró en torno, a las sombras que empezaban a disiparse, a medida que Muriel encendía los candelabros y quinqués de la sala. Sus palabras sonaron incongruentes en aquel repentino silencio:

—Bueno, hubo un espíritu que me insinuó que..., que el alma del señor Shelley no estaba aún con ellos, porque..., porque él... no había muerto.

A Muriel se le cayó de las manos la luz con que prendía velas y quinqués. La señora Shelley emitió un grito agudo, lleno de horror. Después, corrió hacia la salida, gritando:

—¡Jason, Jason, amor mío! ¡Estás vivo! ¡Vivo! ¡No has muerto! ¡Yo te sacaré de la tumba, vida mía, antes de que sea demasiado tarde!

*

Las manos golpeaban abruptamente en los vidrios, en los hierros.

Les costó retirarla de allí, bajo la lluvia menuda y fría. Los

rostros, ateridos y húmedos, eran como máscaras lívidas en la noche, flotando en torno al mausoleo de los Hastings. Más allá, el cementerio familiar era una sucesión de altos árboles sombríos y cruces y lápidas de parientes, amigos, vecinos e incluso sirvientes leales.

—Señora, es mejor que razone —habló apagadamente Angus McLaren, forcejeando con ella trabajosamente—. Su esposo está muerto. No va a encontrar ahí dentro nada que cambie las cosas...

—¡Déjenme entrar! —gemía ella, desgarrada—. ¡Déjenme...! ¡Necesito verle, verle dentro de su ataúd! ¡Él está vivo, seguro! ¡Está vivo, sufre de catalepsia, como mi difunto padre! ¡Tengo que volverle a la vida, evitar que se destroce dentro del féretro!

—Señora, su padre murió, pero no padeció ningún ataque cataléptico, recuerde —silabeó el escocés, mirando en torno con aprensión—. Usted misma me lo contó. Y el señor Shelley no tiene por qué ser diferente, créame. Recuerde: un médico de Londres certificó su muerte.

—¡El doctor Devlin! —jadeó ella, luchando contra] McLaren, contra su fornida esposa, contra Ritcher, contra Muriel—. ¡Un matasanos odioso, un hombre sucio y repulsivo; que no hubiera distinguido un cadáver de un hombre desmayado! ¡Debí comprenderlo así! ¡Exijo que se abra la tumba, que saquen de nuevo a Jason de ese horrible nido de muerte y de putrefacción!

Se miraron todos entre sí, como si la juzgaran loca. McLaren meneó la pelirroja y maciza cabeza, emitiendo cuando menos un comentario compasivo:

—Pobre señora. Ha padecido tanto... La muerte, el viaje, el funeral... Creo que deberíamos evitarle obsesiones.

Más allá, la voz de la señora Sanders surgió de la niebla empapada de llovizna, antes que ella misma y su desmañado aspecto físico. Sus palabras sonaron firmes:

—El viejo Angus tiene razón, como casi siempre... ¿Por qué no llama alguien a Hoper... y se comprueba que, realmente, el señor Shelley está muerto en su tumba?

—Eso llevará tiempo —jadeó Muriel. Se separó de su señora y se arregló el cabello—. Digamos que..., que será preciso ir al pueblo, llamar a Hoper, pedir al juez un certificado de exhumación de restos... En caso contrario, sería ilegal. Y todos sabemos que

vamos a encontrar al señor... difunto.

Esto último fue dicho en voz baja, de forma que Yvette Shelley no pudiera escucharlo. Todos miraron a Muriel. La doncella tenía razón. Estaban seguros de eso, pero querían evitar a la viuda una crisis grave.

—No sé... —comenzó a gruñir McLaren, rascándose el cabello. Luego, se quedó mirando a Yvette. Ella misma acababa de darle la solución, Se había desvanecido, ante la puerta de la cripta funeraria. Todos parecieron pensar una misma cosa. Y McLaren la materializó en palabras concretas—: Es mejor que la señora vuelva a casa. Acuéstala, Muriel. Dale el sedante que la recetó el doctor de Londres... Está en su bolsa de viaje. Dormirá tranquilamente hasta mañana. Entonces, si insiste, pediremos a Hoper el certificado judicial. Con esta noche infernal no hay modo de ir hasta Ramsgate decentemente... Bien, creo que es todo. Ya hemos pasado demasiadas dificultades por esta noche. Volvamos a casa.

Y la fúnebre comitiva reunida en el cementerio, se dispersó lentamente, bajo la llovizna, entre ramalazos de niebla pegajosa y fría. De regreso a Cliffs Manor.

Atrás, quedó el cementerio familiar, con su verja de hierro en torno. Con su panteón familiar de los Hastings, Cerrado a cal y cantó. Con un hombre muerto en su cripta. Un hombre llamado Jason Shelley. Muerto de ataque cardíaco en Londres.

Un hombre del que una espiritista decía que aún no había muerto realmente. De quien la esposa esperaba el regreso a la vida.

De quien nadie se preocupaba demasiado esa noche lluviosa en Dover, porque los muertos nunca salían de sus tumbas.

Pero...

*

«Pero yo salí de la tumba.

Anoche. Fue anoche.

Yo, Jason Shelley, volví al mundo de los vivos. La misma noche en que una vieja estúpida afirmaba que mi espíritu no volvía del mundo de las sombras, para establecer contacto con los que quedaban en la Tierra; la misma noche en que lloviznaba glacialmente sobre Kent, y una mujer, la mía, lloraba

desgarradoramente a la puerta del hermoso y suntuoso mausoleo de los Hastings.

Esa noche, yo abandoné mi féretro. Regresé del tétrico y espeluznante reino de las tinieblas. Volví de la Muerte misma. En suma: salí de mi nicho funerario.

Todo fue tan sencillo, que la señora Sanders y sus paparruchas espiritistas hubieran quedado demolidas. Las imaginaciones macabras de Yvette hubiesen sufrido un tremendo quebranto. Todos se hubieran horrorizado al verme. Y, a la vez, hubiesen comprendido que yo, Jason Shelley, muerto en Londres de un colapso... jamás había estado realmente muerto.

Cuando menos, eso es lo que dijo Muriel, besándome la boca en mi ataúd.»

CAPITULO IV

«—Amor… Jamás estuviste muerto, ¿verdad? Jamás llegaste a morir.

Reí cínicamente, tras unos momentos dedicados a recuperar el aliento. Y, quizá, la noción de lo que me rodeaba. Que, por cierto, no era nada agradable.

—No, claro —le confirmé—. Tú bien lo sabes. Nunca fue verdad nada de lo sucedido, pero la pobre Yvette lo creyó a pies juntillas, según parece. Por lo que veo, todo ha salido como esperábamos…

—No todo —me respondió ella, trémula. Y volvió a inclinarse sobre mí, aplastándome con la opulencia de sus senos mientras me besuqueaba la boca lascivamente, entre jadeos que, dentro de la cripta, sonaban tétricamente—. Estuvieron a punto de echarlo a rodar todo esta misma noche.

—¿Qué? —mascullé, saliendo del ataúd, al sacar una pierna tras otra, y desprenderme de mis oscuras prendas funerarias, toda la mortaja dispuesta por los funerarios londinenses—. ¿Ocurrió algo fuera de lo previsto, Muriel?

La doncella me siguió. Creo que estaba tan impresionada como yo mismo, en aquel maldito encierro de piedra y mármol, entre los velones y luces apestando a aceites, a sebo, a grasas, a bálsamos. Eso, el ataúd, la mortaja, el lugar… Me estremecí, horrorizado. Un soporte metálico tras el crucifijo iluminado, me devolvió una terrible imagen de mí mismo, lívida y espectral, alargada y horrible.

—Tu mujer… —la oí musitar—. La señora Sanders quiso hacer una sesión espiritista esta misma noche.

—¡Esa vieja chiflada…! —mascullé con disgusto—. ¿No tuvo idea mejor?

—Parece que Yvette misma la obligó. Falló lamentablemente. La señora Sanders dijo que…, que no veía tu espíritu. Que otros decían que tú no estabas muerto aún. Ella lo interpretó mal. Ya sabes que se dijo que su padre era cataléptico, aunque siempre he creído que eso no era cierto.

—Yo también. Sigue. ¿Qué pasó? —la apremié.

—Quiso verte en el féretro. Por suerte, se desvaneció. Imaginé

que el efecto de la droga de ese medicucho londinense habría surtido ya sus efectos y estarías despertando. Por eso me he apresurado a venir, apenas le dimos un calmante. Ahora duerme. Cuando se recupere, es difícil que insista en su deseo de verte en el féretro, ¿verdad?

—¿Difícil? —reí, contemplando los precintos especiales de mi nicho, preparados de antemano para ser abiertos sin dificultad por alguien que estuviera en el secreto. Ese alguien era una sola persona: Muriel. Y Muriel, por fortuna para mí, no había fallado. De otro modo, yo estaría aún allí dentro. Respirando el aire acumulado en el nicho, el que pasaría durante horas por el angosto conducto especial, dispuesto en la losa, en el féretro encargado por el doctor Devlin en Londres, según mi plan. Pero, de cualquier forma, muerto en vida, hasta agonizar por asfixia paulatina, por hambre… o por ser, que eran los peores modos de morir en un ataúd.

—Quiero decir que ella… no pensará en abrir este panteón, querido —me susurró Muriel, envolviéndome en el lúbrico lazo de sus brazos y de sus caricias sensuales—. Y nunca sabrá que tú estás vivo… para ser mío, sólo mío desde hoy en adelante.

—Eso es, Muriel —acaricié sus cabellos, su rostro, su cuello, su torso—. Eso es; desde hoy en adelante… He vuelto a la vida gracias a los buenos amigos de Londres, gracias a ese ataúd preparado, a este panteón habilitado por tus cuidados especiales. Mañana, mi querida esposa Yvette no será ningún problema para nosotros…, porque ella estará muerta, mi preciosa y fiel Muriel. ¡Muerta como tú misma!

Y al tiempo que decía esto, aferré su cuello con ambas manos, subiendo mis dedos desde su descote. Ella me miró, pensando que bromeaba. Algo terrible debió de ver en mis ojos, porque la vi repentinamente aterrorizada, trémula, intentando zafarse de mi presión.

La arrojé contra el altar, derribando un candelabro, cuyas velas saltaron, apagándose entre chisporroteos que apestaban a cera. La luz dentro de la cripta quedó reducida a la mitad. Nuestras sombras, dantescas, bailotearon en el techo, en el muro.

Era una fuerte chica Muriel. No sólo poseía busto desarrollado, sino firmes brazos musculosos, propios de su condición de moza.

Casi me derribó en una ocasión, cerca de los escalones de acceso al exterior. Eso hubiera sido terrible. Si ella escapaba, todo estaría perdido para mí.

Logré rehacerme, trompicado. Luché desesperadamente con ella. Yo era alto. Y bastante fuerte. Logré acabar con ella y la sepulté allí mismo.

Todo estaba bien ahora. Me enjugué el sudor del rostro. Era frío, pegajoso. Como podía serlo el de un muerto. Pero yo, Jason Shelley, distaba mucho de estar muerto.

Me moví hasta el candelabro caído en tierra. Lo tomé, ' depositándolo en el altar de nuevo. Recogí las velas apagadas. Las puse, una a una. Y una a una, las encendía.

Estaba en la última cuando sentí el frío aliento en mi nuca... y la mano huesuda me tocó la nuca, como si un esqueleto de los primeros Hastings se dispusiera a vengar la profanación de su cripta funeraria.

La vela última cayó de mis manos, y sentí un auténtico frío de muerte en mi piel.»

*

—¿Cómo lo hiciste, hermano? —jadeó la voz ahogada, junto a mi oído—. Esto sí que es hacer bien las cosas...

El aliento helado de antes, ahora apestaba a licor barato. Mi escalofrío de horror, dentro del panteón, se convirtió en un espasmo de asco, de náusea. Me revolví, sobresaltado.

Al ver mi palidez cadavérica, el hombre se asustó. Era mucho más gordo y colorado que yo. Tenía dientes desiguales y sucios, cara desaseada, aspecto de truhan, ropas oscuras y raídas. Me recordó el aspecto entre saludable y tétrico del sepulturero. Y en cierto modo debía serlo. Sólo que... al revés. El desenterraba lo que otros sepultaban.

—¿Qué dices? —susurré.

—Que debes ser un competidor temible —masculló el desconocido, echándose atrás, algo alarmado, y soltando mi cuello, con aire de inquietud—. ¿Cómo pudiste entrar en este panteón donde yo nunca pude conseguir nada, hermano? Hay en él buenos cadáveres. Con dentaduras de oro, con joyas en los dedos... Tal vez

tengamos que cortar alguna mano que otra, o arrancar encías de cuerpos sin pudrir, pero valdrá la pena… Buen botín, sí. Y para los dos… si no te importa —susurró, poniendo un arma contra mi pecho. Miré la pistola que me encañonaba. Era un negro revólver amartillado. Si hacía fuego con aquel arma, moriría de verdad en mi propio panteón. Sin trucos con medicuchos pervertidos, enfermeras o doncellas prostitutas y cosas así.

Conocí la especie. Me dio más asco y horror que los propios difuntos que me rodeaban. Le contemplé, irritado, Mi cara seguía sin gustarle, era obvio. Mi mirada tampoco. Reí de pronto, sorprendiéndole.

—Estás loco —musité con voz ronca—. ¿Crees que entro aquí? ¿Es que no te das cuenta, necio? Yo salgo ahora de la cripta. Yo estuve ante en uno de esos nichos…

—Oye, hermano, soy mayorcito para burlas de ésas —rezongó el rufián. Sorbió sus mocos y juró entre dientes—. Vayamos a medias en esto… o de verdad te dejaré con los muertos para siempre. Y no bromeo.

Yo me limité a mirarle fijamente. Luego, de repente, recordé algo. Le hablé fríamente:

—Tú sabes que hoy hubo un entierro aquí… —dije, calmoso.

—Claro —rio él, sarcástico—. El tipo que era dueño de todo esto. El marido de la señora. Un caballerete llamado Jason Shelley…

Alcé mis manos extendidas, sin intentar tocar nada Él las miró, asustado. Oprimió con más fuerza el cañón del arma contra mi pecho. Dispararía a la menor señal de alarma para él.

—¡No te muevas! —chilló.

—No hago nada —dije, sarcástico—. Mira mi rostro Mis ropas… Estos gemelos que llevo en los puños… Una inicial es la J, la otra es la S. ¿Lo entiendes? Shelley. Jason Shelley. Soy yo. ¡Yo, que vuelvo de la tumba!

Mi aspecto, el color de mi piel, el brillo de mis ojos, el aire mismo de mis ropas oscuras, debió de impresionarle. El pobre diablo emitió un gemido ronco. Se echó atrás, y me miró igual que se mira a un aparecido. Luego, su mirada cayó en el altar, junto al crucifijo de plata Me sorprendí yo mismo. Y comprendí el porqué de su repentino, súbito e inesperado alarido de pavor.

Alguien, quizá Yvette, o acaso Angus McLaren o su esposa, había dejado allí un retrato oval con mi efigie Y con él, un lazo negro de terciopelo y un ramillete de frescas flores silvestres. Algo que sólo se hacía con los muertos...

El ladrón de tumbas intentó salir a la carrera del mausoleo. Yo no podía permitírselo en modo alguno por si gritaba y provocaba la alarma, diciendo que había visto, resucitar, al señor de Cliffs Manor. Aunque, por la cuenta que le tenía, eso no era nada fácil que sucediera.

Intenté aterrarle, evitar su fuga. Logré sujetar su raída capa de lana sucia, color pardo. Se quedó entre mis manos, sin que pudiera evitar su carrera. Ni siquiera se volvió una sola vez a mirarme. Despavorido, pensando acaso que, por vez primera, habíase hallado ante un cadáver viviente, dispuesto a vengar sus felonías, el repugnante ladrón escapó en la noche.

Cuando asomé a la puerta de la cripta, solamente percibí sus pasos lejanos en la niebla. Buscarle era una tarea perfectamente inútil, sobre todo si conocía bien el terreno que pisaba, como era de prever, dado su siniestro oficio.

Renuncié a seguirle. Cerré la puerta del mausoleo cuidadosamente. Muriel había dejado allí el juego de llaves especial que yo dejara en su poder para esta ocasión. Todo había estado bien medido. Todo salió como se calculara. Al menos, por mi parte. Para Muriel, las cosas habían cambiado un poco. Pero nuestra propia coartada era válida ahora para que nadie diera en extrañarse de su ausencia.

Sonreí, tomando el papel que ella llevara consigo a la cripta. Escrito de su puño y letra, con su inconfundible caligrafía de criada. Una despedida respetuosa de su señora, alegando que no podía soportar tal ambiente depresivo en la casa, y se ausentaba definitivamente de ella, tras la muerte de su señor. Era algo que yo la dicté, antes de preparar mi «muerte aparente», en complicidad con mi buen compinche de Londres, el miserable doctor Devlin.

Aquel texto, en lugar visible, justificaría su ausencia.

La que ella, pobre desgraciada, había imaginado que sería en mi compañía, para disfrutar de los bienes materiales de Yvette.

Claro que los bienes de Yvette serían míos esta misma noche en que yo volvía de la tumba. Hasta su última guinea en efectivo, en

valores y acciones al portador, obtenidas en Londres antes de ausentarse con mi «cadáver».

Pero no en la forma en que Muriel Nash imaginó. Yo no compartía una fortuna obtenida tan ingeniosamente, con una vulgar sirvienta, por dócil y servicial que hubiera sido conmigo en todos los terrenos. Las ambiciones de Jason Shelley iban más lejos. Mucho más, lejos...

Pero nada estaba logrado aún. Faltaba lo más importante.

Era ya madrugada. Me sentía más fuerte y despejado, tras pasar los efectos de la droga del doctor Devlin, la que su enfermera Beverly me administrara en el hotel londinense, para provocar la muerte aparente.

Ahora era el momento supremo de mi plan.

El momento de acabar con mi amada esposa Yvette de una vez por todas.

Ella, sí. Ella era la verdadera víctima de aquel plan. La persona destinada a ser el único cadáver de la familia Hastings.

Cuando alcancé la casa, ésta aparecía totalmente en sombras, en medio del jardín, de la llovizna fría, de la niebla viscosa y turbia.

Mi mano encontró fácilmente el arma que había previsto, previsoramente dejada por la dulce Muriel, en un cobertizo inmediato a la vivienda: un hacha no demasiado grande, de largo mango. No demasiado grande, pero sí ligera, manejable, de sólida hoja de acero... y tremendamente afilada por la propia Muriel, algunas semanas atrás.

Empuñando el hacha con la que iba a descuartizar el cadáver de Yvette, apenas le descargase el primer golpe en la cabeza, partiéndosela por la mitad como un fruto maduro, avancé en las sombras de la vivienda, recto hacia la escalera.

La escalera que conducía al dormitorio de Yvette, y que crujió débilmente bajo mis zapatos, manchados todavía con barro del cementerio...»

*

«Tuve suerte.

Mucha suerte. Ni siquiera necesité descargar el primer hachazo, el que yo esperaba que hendiría en dos la cabeza morena de Yvette,

y encharcaría de sangre su femenino y pulcro dormitorio de mujer.

Sencillamente, algo falló en el calmante administrado a mi «viuda». Y, cuando llegué y abrí la puerta, ella estaba despierta ya.

Confieso que me tomó por sorpresa el hecho. Me dejó petrificado. Tanto, que mi mano soltó el hacha. Me quedé mirando a Yvette a través del alto espejo de doble cuerpo de su armario.

A través de ese espejo... ella me vio.

Nunca olvidaré su alarido. Fue corto, ronco, pero terrible. Su boca se convulsionó, sus ojos negros se desorbitaron, con un centelleo angustiado. Quiso gritar, reír, acaso llorar. No sé lo que intentó, pero se arrojó del lecho, se movió en pie por la habitación, flotante su camisón blanco y ocre, saturado de encajes y lazos.

Iba descalza. Se movió sobre la alfombra. Me miró ahora, cara a cara, sin espejos por medio.

—Lo sabía... —jadeó. Sus labios se amorataban extrañamente—. Sabía que... volverías de la muerte, amor mío... ¡Jason!

Estiró sus brazos hacia mí. Vi temblar sus manos. Me dispuse a recoger mi hacha y comenzar la sangrienta labor...

No hizo falta.

Repentinamente, Yvette exhaló un gemido. Se tambaleó. Osciló sobre sus pies desnudos y terminó cayendo de bruces en la alfombra. Se quedó inmóvil.

Recogí de nuevo el hacha. Tenía que dejarla muerta, mutilada. Sin lugar a dudas. Había muchos salteadores y bandidos por aquellas regiones, en época invernal. ¿Quién culparía jamás a su esposo, ya fallecido?

Avancé sobre ella. Alcé el arma. El filo apuntó a su nuca para decapitarla, como principio de la sangrienta tarea. No era agradable, pero sí necesaria.

Yvette no se movía. Me incliné. Toqué su nuca. Su cuello. Raro. No sentí palpitar sus arterias vitales. Probé luego en su pecho, girándola en redondo. El pelo negro rodó por la alfombra, disperso como una crin de caballo. Estaba lívida. Blanca. Como muerta. El corazón no respondió. No palpitaba ya.

Pensativo, medité junto a ella. Pensé que todo eso podía inducir a error. Aún había algo por probar. Fui a su tocador. Tomé un espejo de mano. Lo acerqué a su boca. Esperé, paciente.

Nada. No se empañó. No respiraba.

Estaba muerta.

Esperé un tiempo. Probé de nuevo todos esos métodos. Especialmente, el espejo. No había lugar a dudas. Yvette, mi esposa, era cadáver.

Me incorporé. Recogí el hacha. No valía la pena una carnicería. No con un cadáver. A Yvette le había fallado el corazón. Estaba muerta. Eso resolvía todo más tranquilamente. Un simple colapso. El dolor de la pérdida sufrida y todo eso. Era una coartada excelente para mí.

Tomé la llave de la cadena de su cuello. Sabía dónde buscar las cosas de Yvette. Y las encontré justamente allí. Era lo previsible.

Joyas valiosas, fajos de billetes hasta de cien guineas, valores al portador, documentos bancarios fácilmente negociables... Una fortuna en efectivo. La liquidación de sus negocios. Ni siquiera había tenido ocasión de ingresar todo aquello en Ramsgate.

Lo recogí en un maletín. Salí en silencio de su dormitorio, el que había sido de ambos, tras comprobar, una vez más, su condición de cadáver.

Aun así, no me alejé demasiado de Cliffs Manor. Al Denos, no hasta el amanecer.

Cuando las primeras y turbias luces del día asomaron entre la niebla, oí voces en la casa. Voces de la señora McLaren, de Ritcher, de Angus...

—¡Dios mío! ¡La señora! ¡Está muerta! ¡Llamen al doctor, al reverendo! ¡Avisen al agente Hoper...! ¡Pobre señora! ¡Debió fallarle el corazón! ¡Ha muerto durante la noche! ¿Y Muriel? ¡Esa chica sin aparecer cuando más falta hace! ¡Pobre señora, cielo santo...!

Era cuanto esperaba oír. Sonreí. Y me alejé definitivamente, en la grisácea neblina matinal.»

CAPITULO V

«Hacía un mes de ello. Se cumplió el funeral. Yo sabía que esas cosas se hablan en la familia Hastings. Y acudí valientemente a Cliffs Manor.

Quería estar seguro de que todo iba bien. No bastaba pon haber leído en los periódicos las diversas noticias sobre «la muerte penosa de la pobre señora Shelley, apenas unas fechas después de perder a su amado esposo». Ni tampoco sobre «la desaparición de su doncella, Muriel Nash, desaparición harto sospechosa, al producirse la noche en que falleció la señora Shelley, mientras una fuerte suma en metálico, en valores y en joyas, según declaración personal de Angus McLaren, fiel servidor de la familia, desaparecía de la caja de la señora».

La policía había investigado en vano el asunto. Muriel no aparecía. Se sugerían posibilidades, harto plausibles, de que estuviese en el extranjero, posiblemente en el continente, disfrutando del robo cometido. Todo eso, mientras el cadáver de Yvette era depositado en el mausoleo de los Hastings, junto al de su esposo Jasan, cuyo féretro, naturalmente, no llegó a abrirse, como ella quería en su obsesión por imaginarse vivo a su amado marido.

Eso tenía su ironía, y me hizo gracia.

Yvette y Muriel... juntas. Mi esposa y mi amante. Mi víctima y mi cómplice. Mis dos víctimas en realidad. Juntas. Unidas en la muerte. Para siempre. Sin que nadie lo imaginase, además. Mientras todos imaginaban a la desdichada y estúpida Muriel dándose la gran vida en Europa, con el dinero de su señora.

A veces, la gente es idiota. Esta era una de esas situaciones que confirmaban tal aserto. Todo era al revés de como la voz popular, sensiblera y ridícula, podía imaginarlo. Bien. Que ideasen historias románticas y emotivas. Allá ellos con sus sueños sensibleros. Y allá la policía con sus teorías sobre Muriel, la muchacha de servicio buscada casi ferozmente por Scotland Yard, desde que el inefable y borrachín Thorley Hoper, el policía de los bigotes de morsa, informara a Londres del robo cometido en Cliffs Manor, aprovechándose del colapso mortal de la señora Shelley.

Entretanto yo, yo mismo, estaba allí. En Ramsgate. Asistiendo al

funeral. Como testigo de los oficios fúnebres por mi esposa... y por mí mismo.

Es sorprendente lo que unas ropas diferentes, una barba bien estudiada, unos lentes de pinza, un tinte facial y un pelo teñido hacen con un hombre. Eso, y la inevitable niebla de Dover, hicieron el resto.

Cierto que asistía lejanamente al oficio. No me atreví a más, Hasta la audacia de un hombre que se sabe en la mayor impunidad, tiene sus límites sensatos. No iba a dar un paso en falso a estas alturas. Y no lo di.

En mi carruaje de dos caballos, recién adquirido en

Londres, sentado en el pescante, solo, con mi renovado aspecto, con la bufanda, el sombrero de chimenea, de peluche color verde oscuro, el macferlán de igual color y los guantes, permanecía quieto, silencioso, como en respetuosa presencia, fuera del cementerio pequeño de los Hastings.

Dentro, el reverendo Williams, con su pierna apoyada dificultosamente en tierra, ayudado por unas muletas, oficiaba la ceremonia en la niebla. Vi a los McLaren, a la señora Sanders, a Ritcher, al policía Hoper y a otros vecinos. Todos escuchando atentamente la cascada voz del reverendo, en su rutinario responso por los difuntos. Luego, cantarían en acción de gracias, y todo habría terminado.

Ya hacía un mes. Un largo mes. Pensé en Yvette, en Muriel. En sus cuerpos, pudriéndose en la cripta. Me pregunté cuánto habría durado la agonía de la doncella, al despertar en aquel ataúd, sin recibir el aire que Devlin había dispuesto, allá en Londres, cuando cobró su parte para colaborar en el plan de mi «entierro» solemne. Me encogí de hombros. Todo eso habría terminado. Después de todo, no había recibido sino el justo castigo a su deslealtad con la mujer a quien servía.

—¿No quiere entrar, señor?

Me estremecí. Aquella voz llegaba de muy cerca. Giré la cabeza, en el pescante del calesín en que me hallaba, junto a la entrada del pequeño cementerio de los Hastings.

—No, gracias —rechacé, inclinando rápido la cabeza—. No soy de la familia.

—No importa —dijo la voz juvenil—. Yo, sí. Entre, si lo desea.

No lograba entender quién era aquel hombre alto, arrogante, erguido en la silla de un caballo del color de la noche, tan negra era su piel, tan de azabache su crin. Pero había surgido de repente, en la niebla, junto a mi carruaje, sobresaltándome con su presencia inesperada. Y me estaba invitando al ceremonial fúnebre... en nombre de los Hastings.

—Le aseguro que no es necesario —objeté—. Ya se guía mi camino.

—Es un cementerio particular, pero puede usted acercarse. Venga, se lo ruego. Los Hastings somos amigos de todo el mundo, señor. Un forastero, aquí, está en su propia casa.

—Yo se lo agradezco muy de veras, pero no es mi intención.

—¿Viene de muy lejos?

—De..., de Folkestone —mentí con rapidez.

—Ya. Y va a Londres, seguro —sonrió mi interlocutor.

—Acertó —procuraba no hacerme demasiado visible La niebla no era ya tan densa, y la mirada de aquel alto joven de cabellos oscuros y rebeldes, de levita gris y pantalón azul marino, era harto penetrante—. Se hace tarde. Me detuve al ver la ceremonia, pero no debí hacerlo. Se hace tarde, usted me disculpará...

—Por favor, no debe preocuparse por eso. Le será lo mismo asistir desde aquí, que desde allí dentro. La ceremonia está terminando ya y...

—No, gracias —rechacé vivamente—. Buenos días, señor.

Arranqué apresuradamente, forzando el trote de los dos caballos. A mi espalda, el joven desconocido voceó aún:

—¡Buen viaje, señor! ¡Le aseguro que Roger Hastings nunca invita por simple cumplido!

Dijo algo más, pero se perdió con él, en la distancia. El trote casi se hizo pronto galope, en medio de la niela que invadía el camino.

Estaba deseando alejarme de allí. Y de Ramsgate. Había sido un error venir. Nunca debí hacerlo. Aquel hombre a caballo...

Era él. Roger Hastings, El miembro díscolo de la familia. El primo de Yvette. No había muerto en la India, luchando contra los rebeldes. Estaba allí, en Cliffs Manor, Había vuelto.

No me gustó que me viera. No me conocía, no sabía que era yo. Pero no era una idea cómoda saber que me había visto allí. Por

muy cambiado que yo estuviera. No me gustaba Roger Hastings. Su cordialidad me irritaba.

Sólo esperaba que me olvidase. Para siempre. Que no pensara en el hombre del calesín. El hombre que rechazó la invitación para entrar en el cementerio de los Hastings.

Después de todo, para él, para los demás, para cuantos hubieran oído hablar alguna vez de Jason Shelley..., o estaba muerto.

Muerto y enterrado. Junto a mi amante esposa Yvette.

Eso ni siquiera Roger Hastings, el hombre llegado de la India, podía ponerlo en duda bajo ningún concepto.

Para mí, era suficiente. Todo lo que necesitaba para sentirme impune. Para disfrutar de mis actuales bienes, de mi actual nombre falso, de mi nueva identidad e Londres, lejos de todo lo que recordase al oscuro Jason Shelley, casado con una mujer rica y hermosa.

Yo había salido aquella noche de mi tumba.

Y en mi segunda vida, todo resultaba bien. Maravillosamente bien...

La presencia en Inglaterra de Roger Hastings no podía cambiar eso. Ni ninguna otra cosa...»

*

—¿Qué te ocurre, Roger, muchacho?

—No sé, señora Sanders... —el alto joven caminó junto a la hombruna y maciza mujer, con expresión pensativa, entre el cementerio y la hacienda—. Hoy vi un hombre en la puerta del cementerio, asistiendo al funeral por las almas de prima Yvette y de Jason. Parecía no querer ser visto. Se escondía de todos, e su carruaje. Y apenas le invité a entrar, puso un pretexto y huyó como alma que lleva el diablo.

—¿Sí? —la espiritista le miró, arrugando su ceño—. ¿Qué explicación le das a eso?

—No lo sé. Tal vez fuera solamente un forastero curioso, pero...

—Pero... ¿qué?

—Es una tontería, señora. Imaginé que..., que le conocía de algo, sin saber exactamente de qué.

—¿Le habías visto antes de ahora?

—Eso es lo raro. Estoy seguro de que nunca vi a ese hombre en persona, pero… —sacudió la cabeza, encogiéndose de hombros—. En fin, dejemos la cuestión. No vale la pena. Uno deja volar demasiado la imaginación, cuando vuelve de los sitios donde yo he estado.

—La India… —suspiró la señora Sanders—. Hermoso e inquietante país, muchacho.

—Sí, lo es. Yvette lo conoció muy bien. A ella le gustaban sus tradiciones y sus ritos. Quizá por ello le encontraba un encanto que yo no acabo de hallarle, aunque mi criado diga que es un mundo distinto, fascinante, lleno de misterio.

—¿Su criado es hindú, Roger? —se interesó Charlotte.

—Sí. Rahma nació en Bombay. Es un joven inteligente, que ha estudiado con nosotros, los británicos, aunque en lo político no esté totalmente de acuerdo con nosotros. Rahma considera que la India es única. Tal vez tenga razón, después de todo.

—Tal vez sí —aceptó Charlotte Sanders con énfasis. Se detuvo en su paseo y, deteniéndose junto a la verja de Cliffs Manor, contempló al alto joven de tez cobriza, llegado de Asia. Añadió, con voz grave—: Su prima Yvette creía en las ceremonias hindúes sobre la vida y la muerte.

—¿Sí? —Roger se encogió de hombros, arrugando el ceño—. Bueno, ella era mujer, e impresionable. Imagino que todo eso no son sino paparruchas para impresionarnos a los occidentales.

—Ella sabía de rituales que pueden volver la vida a los muertos, Roger.

—Oh, claro. Yo también oí hablar de eso —sonrió Roger Hastings. Meneó la cabeza—. Pero nunca lo he aceptado, señora Sanders. Sería preciso que me probaran semejantes cosas.

—Probar… —suspiró la dama—. Siempre se habla igual de esas cuestiones. Mi querido y joven amigo, yo probé a su prima, en una sesión de contactos espirituales con los difuntos, que su esposo no debía de hallarse entre los espíritus que gozan de la otra vida, porque incluso estuvo a punto de abrir esa tumba, de no haber sufrido el colapso que la mató.

—¿Eso iba a hacer Yvette? —se sorprendió Roger, perplejo.

—Exactamente, muchacho. Es más: yo que ella, la hubiera hecho, de haber tenido vida para ello. En otras varias sesiones que

efectué, siempre sucedió lo mismo: Jason Shelley se resiste a aparecer... Nadie hasta ahora lo hizo.

—Insista —dijo Roger de buen humor—. Terminará lográndolo.

—No estoy tan segura de eso —rechazó sombríamente Charlotte Sanders—. ¿Sabe una cosa, Roger? Ni él ni Yvette han acudido jamás a mi llamada. Como si ninguno hubiera muerto realmente... Sin embargo, la otra noche, me visitó un espíritu inesperado. El de alguien a quien persiguen ahora por robo: Muriel Nash, la doncella de su prima.

—¿De veras? —Roger se mostraba escéptico, irónico ante la vieja excéntrica—. Eso querría decir, sencillamente, que Muriel está muerta.

—Exacto —afirmó la mujer—. Pero ella no sólo admitió eso, sino que afirmó... haber sido asesinada.

—¿Asesinada? —Roger enarcó las cejas, siempre risueño—. Eso suena raro, ¿no? A menos que tuviera un cómplice en su robo... y éste la matara para quedarse con todo.

—No lo sé —dijo muy seria la señora Sanders— Muriel se ausentó al decir eso, y no he logrado atraerla de nuevo. No sé por qué, pero no acude nunca. Y sin embargo la siento muy cerca de nosotros, Roger.

Miró en torno, a la niebla de la mañana, y se persignó, Roger Hastings la vio partir, camino de su vecino alojamiento, a menos de una milla de Cliffs Manor. Esa distancia, con los grandes pies y los pesados zapatones de Charlotte Sanders, no significaba gran cosa.

Roger Hastings se quedó solo ante la puerta de Cliffs Manor, Sonrió, moviendo la cabeza, y echó a andar hacia la casa.

Repentinamente, tuvo la impresión de que unos ojos le miraban fijamente desde la niebla, a espaldas suyas. Se volvió, con vivacidad.

No vio a nadie. Sólo brumas, reptando como humo, enroscándose en árboles y peñascos, en arbustos y verjas. Como algo vivo, frío y sutil, que viniera sin embargo del mundo silencioso de los muertos: el vecino cementerio familiar.

Roger Hastings suspiró hondo. Siguió adelante, por el desolado jardín. La casa, grande y señorial, emergió de la niebla como una forma sólida y dominante. La pizarra gris de sus tejados, las enredaderas haciendo verdear espesamente algunos muros de

ladrillo, las vidrieras y galerías asomadas indistintamente al jardín y a las verjas posteriores que delimitaban la propiedad.

Sin saber por qué, recordó de nuevo al hombre barbudo del calesín, siempre eludiendo su mirada. Trató de identificar aquella leve sensación de familiaridad en su recuerdo, pero no lo logró. Sacudió la cabeza, adelantándose, con paso firme, hacia la entrada a la vivienda.

Entró en la casa utilizando la llave que McLaren le había proporcionado, apenas llegó a Inglaterra, tras ser localizado por el representante diplomático inglés en Saharanpur. Cruzó varias estancias, hasta detenerse en seco en una de ellas.

Se quedó contemplando un gran cuadro mural, representando a su prima Yvette, con los acantilados detrás, en pie junto a un hermoso caballo castaño. Apoyando un pie en una roca, un hombre acompañaba a Yvette.

Roger lo estudió atentamente, en silencio. La señora McLaren pasó calladamente, con una bandeja y unos servicios, hacia la cocina. El la detuvo.

—Señora McLaren, ¿quién acompaña ahí a mi prima? —interrogó, señalando el cuadro.

—¿Ahí? —la esposa de Angus pareció sorprendida de la pregunta—. Cielos, señor. Es el difunto señor Shelley, ¿es que no lo sabía acaso?

—Lo imaginaba, simplemente —sonrió Roger, pensativo—. Había visto ya antes este cuadro, pero no pregunté quién era él, porque imaginé que era, justamente, quien usted acaba de decirme.

—¿Quién había de ser, si no? Ese cuadro lo pintó el señor Sommers, de Southampton, durante el pasado verano... El señor Sommers es un conocido pintor, y estuvo descansando cerca de aquí. Por eso rogó hacer ese cuadro a la señora.

—Sí, sí, entiendo. Prima Yvette está sorprendentemente parecida en ese óleo. ¿Cree que también el señor Shelley está... bueno, está fielmente captado por el pincel del señor Sommers?

—Cielos, a la perfección. Nunca le vi más parecido que ahí a como él era en vida, pobre señor Shelley —musitó la esposa de Angus McLaren, contemplando el lienzo—. A veces... parece incluso como si estuviera vivo.

—¿Vivo? —Roger Hastings la miró, con expresión sombría,

como si algo le preocupase interiormente. Luego, desvió sus ojos penetrantes, reflexivos, hacia las figuras pintadas en el óleo. Especialmente, estudió el afilado perfil del hombre alto, pálido y arrogante, retratado junto a su prima.

Tras un largo silencio, musitó para sí:

—Vivo... Es un comentario interesante, señora McLaren. Sobre todo, después de haber oído decir a la señora Sanders que el espíritu de Jason Shelley se niega a acudir a sus invocaciones.

—¿La señora Sanders? —la mujer hizo un gesto expresivo—. ¡Bah, paparruchas de esa vieja chiflada! No creo ya en sus patrañas espiritistas, señor Hastings.

Roger no contestó a eso. Estaba meditando, la cabeza inclinada, como si en la punta de sus zapatos de charol puntiagudos, o en la alfombra espesa y de color grana, hubiera algo realmente importante que ver.

Luego, entre dientes, se le escapó un comentario que la señora McLaren fue incapaz de entender:

—Ahora recuerdo... Ahora recuerdo dónde había creído ver antes a aquel hombre del cementerio...

Y sus ojos volvieron a clavarse, expectantes, en la figura de Jason Shelley, reproducida por los notables pinceles del pintor Sommers.

SEGUNDA PARTE
HORROR EN LA NIEBLA

CAPITULO I

El hacha descargó su golpe contundente. El filo hendió con un chirrido la nuca, alcanzó el cuello, quebró la garganta, y tras un chasquido brutal, entre un torrente de roja sangre, la cabeza saltó del cuello, se desplomó, rebotando, hasta el cesto que aguardaba al pie.

Una mujer gritó. Un jovenzuelo imberbe se echó a temblar apartando los ojos del verdugo de cabeza encapuchada y musculoso cuerpo, así como del hacha repentinamente enrojecida, goteante, y de la infortunada Ana Bolena, cuya hermosa cabeza reposaba inmóvil en el cesto, al lado de las cabezas de otras personas ajusticiadas por orden de Enrique VIII.

Zoltan Czek sonrió para sí. Era la reacción de siempre. A la gente le causaba horror todo aquello. Pero, invariablemente, era la zona más visitada de todo su pequeño museo. Estaba seguro de la naturaleza de las personas: les atraía todo aquello que más les aterrorizaba. Era una mezcla de insano terror y de complacencia en su propio miedo. Gracias a eso ganaba más dinero del previsible.

Consultó el reloj de pared. Ya era hora de cerrar. Los domingos siempre se concedía más tolerancia a los; visitantes en cuanto al horario, pero aun así era demasiado tarde. No podía mantener abierto por más tiempo.

—Por favor, señores —avisó a los visitantes—. Vamos a cerrar. Si hacen el favor... Si son ustedes tan amables...

Algunos protestaban, pareciéndoles poco la larga visita, el recorrido de sala en sala, por la módica suma de un chelín, pero finalmente todos acababan por marcharse dócilmente, a la invitación del propietario.

Cuando hubo salido el último visitante del museo de figuras mecánicas, Zoltan Czek cerró la puerta presurosamente. Apagó las luces de gas de la entrada y de los dos salones más amplios de su museo de inmóviles figuras articuladas, hechas de madera, cartón, escayola y cera, movibles desde la cabina, a medida que los visitantes accionaban sus engranajes depositando una moneda en la ranura correspondiente. Eso hacía funcionar los mecanismos rudimentarios pero eficaces. Y las figuras sonrosadas, de mejillas

color carmín, de ojos de vidrio y pelo estropajoso, de ropas baratas, desvaídas, fingiendo el oropel histórico muy pálidamente, se ponían a funcionar, en macabra ficción de hechos pasados, des de las ejecuciones en la torre de Londres, hasta la quema de brujas en la Edad Media o las matanzas vandálicas de tiempos de barbarie.

Zoltan Czek estaba muy orgulloso de su museo. Pero el orgullo sólo no permitía eludir los problemas. Y el más grave de todos esos problemas se llamaba Bruce Strange.

El muy poderoso, rico e inexorable Bruce Strange.

—Hoy es día final del mes... —susurró entre dientes el húngaro creador de las marionetas animadas de su museo. Dirigió en torno una mirada a los rostros inanimados, de maniquíes en forzadas posturas, entre sangre, violencia y terror bien medidos. Todo pintura, ficción y trucaje. Pero todo eficiente para amedrentar a un público sencillo e ingenuo, como el que visitaba su barracón sombrío, allá en Billingsgate Market, ciertamente no lejos de la torre de Londres, en una de las zonas menos pobladas y edificadas de la orilla del río Támesis.

El recordar que era final de mes, amargó su estado de ánimo. Ya ni siquiera tenía objeto contar las monedas recaudadas entre el precio de la entrada y el funcionamiento de las diversas atracciones mecánicas. Sencillamente, todo eso no serviría de nada cuando el muy honorable Bruce Strange llegara allí con la orden judicial de desahucio y los *policemen* requeridos para que tal orden se cumpliese.

—Si, al menos, pudiera convencerle de que espere todavía un mes más... —gimió el húngaro, angustiado—. Mi pequeño negocio, mis muñecos... Miró todo con pesar, con amargura. Acarició a un terrible inquisidor de ojos llameantes, y casi había pasión en su modo de contemplar las formas de Lucrecia Borgia, hermosa y a la vez deshumanizada por sus exageradas exuberancias en cartón y cera, con mejillas coloradas y aire de muñeca vieja y deslucida. Como todo lo de aquel museo que, en realidad, sólo podía fascinar ya a Zoltan y a su inocente público dominguero, nada exigente por cierto.

—Si pudiera salvaros a todos, amigos míos... —jadeó—. Y salvar éste, que es vuestro hogar y el mío a la vez.

Unos recios golpes en la puerta le arrancaron de su abstracción.

Medroso, giró la cabeza, escuchó aquella llamada. Pareció encogerse el pequeño húngaro, entre sus figuras de ficción, como buscando protección en ellas. Pero ni Cromwell ni el siniestro Ricardo III parecían dispuestos a ayudarle. Tampoco el obispo de Loudon, quemándose en la hoguera inquisitorial.

—Es él… —jadeó—. Es Strange.

—¡Abran! —sonó una voz rotunda—. ¡Abran en nombre de la ley! ¡Es una orden judicial!

Zoltan Czek respiró hondo. Ahogó un sollozo en su garganta. Fue hacia la máquina mecánica, que ponía en funcionamiento al verdugo de Enrique VIII. Echó la moneda en la ranura. Luego, mientras no cesaban de golpear una y otra vez en la puerta, con reciedumbre y aumentando los requerimientos legales, el pequeño, miserable y triste Zoltan Czek, el artífice húngaro del barracón de Billingsgate, junto al Támesis, se inclinó, se puso de rodillas, la cabeza en el tronco del cadalso, bajo el hacha centelleante del encapuchado creado por sus propias manos.

El mecanismo actuó. El hacha descendió. Su afilado borde de acero bien pulido, impresionante en el juego inocente de los muñecos y las cabezas articuladas, cayó sobre la nuca de Zoltan.

Esta vez, hubo un sonido diferente en la oquedad vacía del museo mecánico. Saltó una cabeza más al cesto. Pero ahora no era la de Ana Bolena. Ni la de víctima alguna de Enrique VIII.

Y la sangre que fluyó tumultuosa, no era simple pintura del trucaje…

Así encontraron a Zoltan Czek los *policemen* y el honorable señor Bruce Strange al entrar en el sórdido museo, entre las repelentes figuras de madera, cartón y cera. Sobre el cadalso. Enrojeciéndolo todo con sangre humana, que escapara hirviente de sus carótidas seccionadas…

—Pobre diablo —dijo un *policeman*—. Debió sufrir un accidente.

—No —negó Bruce Strange fríamente, mirando en torno—. Se mató él mismo. Vean. Basta ponerse bajo ese hacha… y echar una moneda. Por cinco peniques… una muerte rápida. ¿Hay algo más barato?

Y rio desagradablemente, mientras recorría el local que ya era suyo, al no poder pagar Zoltan Czek la hipoteca que gravaba su negocio. Poco después, el museo se precintaba provisionalmente,

hasta esclarecer la muerte de su dueño anterior. Pero todo eso, no alteraba ya el hecho de que tenía un nuevo dueño el triste barracón truculento de Billingsgate: el caballero Bruce Strange, con mandamiento judicial de desahucio a su favor.

*

—Bruce, querido... ¡Eres el mejor de los hombres!

—Me suena a auténtica música esa frase en tus labios, cariño —musitó Bruce Strange, mirando con ternura a la joven Hazel Reed, la famosa y triunfante Hazel Reed, primera actriz del Royal Theatre, y una de las más seductoras muchachas de Londres—. Pero me gustaría que, realmente, fuese digno de esa estimación tuya.

—Bruce, creo que no puede haber nadie más digno que tú —sonrió ella, iluminándose su suave óvalo, bajo el nimbo dorado de sus cabellos ondulados. Los ojos azules, límpidos y profundos, revelaron su admiración hacia el elegante caballero que la acompañaba en el camerino—. Pero tendrás que salir ahora, o no llegaremos nunca a esa fiesta que da papá, y en la que tú y yo... anunciaremos nuestro compromiso.

Strange asintió, risueño. Sus manos oprimieron la de ella, pequeña y delicada. Besó aquellos dedos esbeltos, sensitivos, capaces de transmitir por igual las emociones de la escena a los espectadores londinenses, y las de su ternura personal al hombre amado.

—Termina de arreglarte —musitó—. Te espero afuera, querida. No me impaciento. Sólo siento impaciencia por anunciar la buena nueva a todo Londres, amor...

Y se encaminó a la salida, acariciando con mecánico movimiento de su zurda la barbita bien cuidada, oscura y recortada, en el rostro curtido, de ojos profundos y expresión vivaz.

Su alta, arrogante figura enjuta, vestida impecablemente de gris, abandonó el camerino. La puerta se cerró suavemente tras él.

Hazel Reed se desnudó velozmente ante el espejo que reflejaba las luces de gas del camerino en el Royal Theatre. Se dirigió un beso a sí misma. Se sentía profundamente alegre, feliz por completo.

—Adorable —musitó—. ¡Bruce es el más adorable y magnífico de todos los hombres!

El espejo le devolvió la imagen virginal y delicada de su desnudez tersa, suave, armoniosa y plena de juvenil vitalidad. Luego, las ropas fueron cayendo sobre ella con rapidez. También con natural elegancia, con suave distinción.

*

—...Y en este momento, mi muy estimado amigo Bruce Strange queda así prometido oficialmente a mi hija Hazel.

Las palabras finales del breve discurso de Bernard Reed fueron acogidas con murmullos amables, curiosos, o simplemente de circunstancias de la brillante representación social londinense, presente en la fiesta que se celebraba en la suntuosa residencia de los Reed, en Bloomsbury.

Unos aplausos tibios y cordiales sonaron en algunos rincones de la sala. Más de un joven caballerete contempló con envidia al hombre capaz de unirse en matrimonio no sólo a la más bonita y joven actriz de los escenarios de todo Londres, sino al mismo tiempo a la rica heredera de la saneada fortuna de los Reed.

Hazel era uno de esos raros ejemplos en que la vocación artística se une a una generosa dote económica, motivo de su excelente posición en la sociedad de su tiempo. No todas las actrices, por brillantes que fuesen en la escena recitando a Shakespeare o representando triviales comedias de sociedad, procedían de las altas esferas. Y no todas las ricas muchachas de la mejor sociedad británica, llegaban a exhibir su belleza en un escenario ante la complacencia paterna.

En Hazel se reunían ambas virtudes. Era una joven y maravillosa actriz, cuya Ofelia, en *Hamlet,* sólo podía ser superada por la dulce Julieta del drama de los amantes de Verona, o por alguna heroína de las tragedias griegas o de las comedias livianas e intrascendentes de los autores contemporáneos. Su padre, Bernard Reed, empresario teatral, dueño de negocios y locales, apasionado por las cacerías, gustosamente puso su fortuna al servicio de las dotes artísticas de su hija. Ahora, parecía haber culminado todo ello con un matrimonio ventajoso: el de Hazel, la bella y admirada

actriz, con Bruce Strange, caballero rico, hombre de negocios y auténtico *gentleman* a juicio de todo el que le trataba.

—Oh, Bruce, es una noche maravillosa —musitó Hazel, oprimiendo las manos de su prometido y besando sus mejillas—. La mejor de mi vida.

—Di más bien que es la primera noche maravillosa de nuestras vidas, cariño —rectificó él suave, tiernamente—. Vendrán muchas iguales y mejores. Será la más feliz unión que jamás haya existido, estoy seguro.

—Mi enhorabuena por Hazel... y por todo lo que ello significa, señor Strange —sonó cercana la voz de uno de los invitados—. Scotland Yard se suma complacido a la futura vida matrimonial de la señorita Reed. Sólo lamentaremos que se gane una joven esposa feliz... y se pierda una actriz como ella, puede creerlo.

—Oh, inspector Lockwood —brillaron los ojos celestes de la muchacha, y una sonrisa iluminó sus labios bien dibujados, suavemente rojos, suavemente carnosos—. Gracias por sus palabras. ¿Es el amigo de papá, o el policía quien habla?

—Creo que ambos, mi querida amiga —sonrió el caballero de alta estatura, cabello canoso y penetrantes ojos grises, inclinándose cortés—. Estoy convencido de que el señor Strange se lleva lo mejor de nuestro bendito Londres.

—No me cabe de ello ninguna duda, comisario Lockwood —dijo Strange con tono correcto, aunque algo frío—. Ahora, si nos disculpa...

—Oh, ¿cómo no, mis jóvenes amigos? —suspiró Edgar Lockwood, de Scotland Yard, buen amigo de Bernard Reed, e invitado a su fiesta de anuncio de esponsales—. La noche es suya. Como su vida toda, por fortuna para ambos...

Se retiraron Strange y la joven. Los músicos iniciaban un vals. Bailaron ambos, saliendo al centro de la pista. Las miradas de todos confluían en la feliz pareja, destinada a formar el matrimonio más envidiable de todo Londres. Las damas también sentían atracción por la arrogancia sobria y enigmática del caballero Strange. Pero sabían que no podían competir en absoluto con los encantos y la juventud de Hazel.

Era una batalla perdida de antemano. Para todos y para todas. A Hazel se la veía muy enamorada del hombre de ojos ardientes,

elegante porte, barbita cuidada y ademanes aristocráticos.

El baile continuó.

Solamente cuando ellos se apartaron de la pista donde se confundían las parejas, bajo la gran araña formada por docenas de brazos iluminados, un criado se aproximó respetuosamente a Bruce Strange. Habló en tono bajo, discreto:

—Un caballero desea verle, señor Strange. Le espera afuera. Ha preferido que sea así, y me parece mejor.

—¿De veras? —Strange enarcó las cejas, sorprendido. Miró al criado, de suntuosa librea color grana y oro—. ¿Por qué dice eso?

—Bueno, el caballero no tiene un aspecto demasiado... re... recomendable. Y la dama que le acompaña, menos aún —el criado miró de soslayo a Hazel, que hablaba con unas invitadas—. Si prefiere que los despida...

—No, no —suspiró Strange—. Iré a verlos. Tal vez sean colonos de mis fincas. Los pobres no tienen demasiada buena apariencia, y hay asuntos urgentes relacionados con ellos. Al menos, es lo que imagino... Hazel, discúlpame un instante. Un asunto de negocios requiere mi atención. No tardaré mucho.

—Querido, ¿negocios ahora? Es nuestra noche, y me prometiste que...

—Sé lo que te prometí —tomó su mano y la besó suavemente—. En menos de dos minutos estoy contigo, no lo dudes. Palabra de tu futuro esposo. Tan cierto como que me llamo Bruce, amor mío. Cada minuto lejos de ti, es una auténtica eternidad, créeme.

Se ausentó presuroso. Salió al vestíbulo, Se quedó mirando a la pareja que deambulaba por el amplio salón, dándole la espalda. Habló, con voz acerada, sin atinar a descubrir la identidad de sus visitantes, tras las capas de amplio vuelo de hombre y mujer.

—¿Y bien, señores? Mi tiempo es muy valioso. ¿Qué se les ofrece de mí?

Se volvió el hombre primero. Luego, la mujer.

Ahora sí pudo reconocerlos Bruce Strange. Y los reconoció sin duda, porque su rostro se tornó lívido.

—Vaya, mi querido señor Strange... —habló apaciblemente el hombre, con un guiño de sus ojos y una sonrisa que exhibió sus feos dientes amarillos—. Está muy cambiado. Pero no pudo engañar al viejo amigo Devlin, su bueno y leal amigo el doctor

Stanley Devlin, ¿recuerda, señor Strange? ¿O prefiere que le llame por su nombre de entonces..., señor Shelley?

CAPITULO II

El carruaje rodó sobre el empedrado de las angostas callejas de Whitechapel, y se aproximó a los *docks.*

La noche era húmeda, neblinosa y fría. Alrededor del negro vehículo, en la niebla, las luces de gas eran sólo manchas borrosas, blancuzcas y tristes. La vecindad de los muelles hizo más espesa la niebla, y también convertía la atmósfera en algo más pegajoso y hosco. En el río, para avisar de su presencia, barcazas y lanchas anunciaban su paso con sirenas o campanilleos apagados. El aire olía a humedad, a basuras y a humo.

—¿Está seguro de que seguimos el camino adecuado, señor Strange? —dudó el médico, mirando hacia el exterior por las ventanas, sin ver más que el apelmazado borrón de la bruma sucia en los vidrios del carruaje.

—Muy seguro, doctor Devlin —cortó secamente el dueño del vehículo—. Mi criado, Burns, conoce perfectamente la ruta hacia mi casa. Al menos, hacia la casa que ahora ocupo, doctor. ¿Acaso es que teme algo de mí?

—¿Temer? —Devlin rio soezmente, como en él era habitual. La claridad difusa de un farol cercano, cuando pararon frente a los rectángulos de luz de unos vidrios de colores, reveló el tono sucio de sus feos dientes, y la barba descuidada, salpicando su rostro—. No, no temo nada de usted. Tampoco Beverly, ¿no es cierto, preciosa?

—Claro que no —ella miró desde el asiento de enfrente a Strange, despectiva. Se arrebujó mejor en su capa, por el húmedo frío reinante, pero procuró no ocultar la prominencia de su exuberante torso, revelado por la amplitud de su exagerado descote —. El señor Strange sabe muy bien que no puedo temerle... Siempre me prodigó caricias, y no malos tratos. Caricias que sin duda disgustarían mucho a su prometida, la señorita Reed, si ella las conociese.

—Ya basta —cortó secamente Strange—. ¿Qué se! proponen, exactamente, con su visita, doctor?

—Lástima, Beverly, preciosa... —suspiró el médico—. Tus encantos ya no impresionan al señor Jason Shelley... digo, al señor

Strange. Tampoco necesita ya de un buen médico que le ayude a ser viudo... y rico, ¿no es cierto?

—Creo entenderle demasiado bien, Devlin. Chantaje.' Es eso, ¿no?

—Oh, por Dios. Para ser un caballero de la buena sociedad londinense, emplea un tono demasiado brusco. Y palabras muy fuertes, amigo mío. Digamos, simplemente, que queremos cambiar impresiones con usted... Pasamos un mal momento Beverly y yo, ¿comprende? El Colegio Médico me sorprendió en un asunto no demasiado correcto... y me expulsó. Ahora me dedico a practicar la medicina ilegalmente, y eso da poco y es peligroso. Beverly me ayuda cuanto puede, que no es poco... Usted, mientras tanto, prospera rápidamente. Negocios, dinero, buena sociedad... y dinero. Dinero de la señora Shelley, dinero de los Reed. Sí, amigo mío. El dinero le viene de todas partes. Es justo que ayude a un buen amigo en la estacada, ¿no le parece?

—Evidentemente, es un sucio chantaje —replicó él fríamente—. Supongamos que no puedo prestarles ayuda alguna, Devlin. ¿Qué ocurriría?

—Oh, entonces... —el médico adoptó una expresión maligna—. Entonces, mi querido amigo, me vería obligado a hablar con el señor Red amistosamente, quizá con el inspector Lockwood, de Scotland Yard, que es muy amigo suyo, y a quien vi entrar en esa fiesta,

—Asqueroso rufián —se enfureció Strange—. Debí imaginar que no era buena cosa confiar en un tipo como usted. Ni en una fulana como su enfermera, Pero entonces me urgía todo aquello... y no poseía demasiada experiencia en ciertos asuntos, Devlin, malditos sean los dos.

—Eh, rico, no vengas ahora con monsergas —habló la enfermera, soez—. Entonces te gusté lo bastante, y lo pasabas tan ricamente a mi lado, mientras preparabas lo de tu querida mujercita, ¿no es verdad? No te las des de caballero, Jason. Siempre has sido un piojoso sin conciencia, y porque has medrado crees que...

Jason se inclinó, descargando un bofetón sobre la mejilla de la enfermera. Ella se dispuso a replicar, con sus uñas bien afiladas. La contuvo vivamente Devlin:

—¡Beverly, quieta! —farfulló—. No quiero jaleos. Que el señor Strange decida. Tiene dos caminos a seguir. Por cierto, sobre este camino… me parece Whitechapel. Y eso de allá el río… No pretenderá decirme que vive por aquí un caballero como usted, ¿eh?

—No sea imbécil, Devlin —masculló Jason, furioso—.

¿Cree que iba a llevarle a mi casa particular? Su aspecto no es el más adecuado para pasar como un amigo de Bruce Strange. Ahora no soy un pueblerino casado con una dama rica, de Dover, sino un caballero londinense de la mejor sociedad. Jason Shelley ha muerto. Y Bruce Strange ha de manejar ciertos asuntos con pies de plomo. Si quiere dinero, va a tenerlo. Ahora. Esta misma noche, Devlin.

—¿De…, de veras? —los ojos del médico brillaron, codiciosos—. Te lo dije, Beverly. El señor Shelley es muy generoso.

—No sé lo que tengo disponible en metálico, pero no serán más de quinientas o seiscientas guineas, Devlin.

—Poca cosa es… Necesitará más para comprar nuestro silencio, amigo.

—Conforme. Mañana podrán volver aquí, a la casa que poseo ahora para mis negocios… digamos turbios. Y recibirán más dinero. Ahora, sólo podré darle lo que tengo. Tómelo o déjelo, Devlin.

—Sí, sí. Lo tomaremos —se apresuró a afirmar Devlin—. El sitio me importa muy poco, si hay dinero en efectivo: Volveremos mañana, o cuando usted diga, no se preocupe. Su amigo Devlin es comprensivo.

—No siga hablando así. Cada vez que se titula amigo mío, me da náuseas —silabeó Strange, iracundo.

Devlin se mordió el labio inferior y no dijo nada. El carruaje se detuvo. La voz del cochero sonó en el exterior, a través de la ventanilla de arriba:

—Hemos llegado, señor…

—Bien, Skelton —habló Strange—. Es todo, gracias. Puede esperar aquí. Yo terminaré en seguida con estos señores.

—Sí, señor. No me moveré.

Bajó del carruaje. También Devlin. Y la opulenta [doncella. Se quedaron mirando el tétrico lugar, junto a [las aguas negras y brumosas del Támesis. El aire era fétido, y el paraje tan solitario y

triste como un cementerio.

—¿Ese caserón? —señaló Devlin la mancha negra y sólida del edificio alargado—. Parece una barraca, Strange.

—Fue una barraca —afirmó el caballero fríamente— Ahora me sirve de punto de reunión con gente como ustedes. Vamos adentro, si quieren ese dinero. Mi tiempo no me sobra.

—Está bien, no se impaciente. En cuanto nos pague esa suma a cuenta, no le molestaremos más… por hoy —rio entre dientes el médico.

Strange hizo girar una llave en la cerradura. Apartó un cerrojo. Empujó la puerta, rechinante. Entró, accionando un graduador. Prendió un mechero de gas. Una luz lechosa se extendió por el local. Cerró, tras haber entrado allí Devlin y la enfermera.

—Diablo… —jadeó ella—. ¿Dónde estamos? ¿Qué son esas figuras?

—Muñecos —dijo secamente Strange—. No hacen nada. Sólo se mueven si se echa una moneda en la ranura correspondiente.

—Eh, esto parece una atracción de feria —rio Devlin, nervioso.

—Es una atracción de feria. Pero eso no les importa. Vamos ya.

Avanzaron hacia el interior. Strange prendió otra luz de gas, de pantalla rojiza. La claridad infernal dio tintes sangrientos a la llamada cámara de horrores. La Borgia, Ana Bolena, el verdugo… Todo cobró una espantosa y a la vez triste dimensión. La exuberante Beverly se encogió, cubriendo incluso su torso, como si sus formas pudieran ser una tentación para el hacha del verdugo.

—Es un lugar horrible —dijo ella.

—Digno de gentuza como vosotros —silabeó Strange Se detuvo junto al verdugo. Un leve empujón a la barandilla donde se abría la ranura para la moneda, hizo que repentinamente las figuras se pusieran en funcionamiento entre chirridos de mal engrasadas articulaciones.

Beverly emitió un chillido, angustiada. Se apartó. Strange rio entre dientes, despectivo. La mirada de Devlin a los muñecos era inquieta, vacilante.

—Está todo tan viejo, que ni moneda necesitan para moverse —comentó Strange—. Todo anda mal aquí. Pronto voy a hacerlo derribar. Este lugar me da náuseas.

Se inclinó tras las figuras. Buscó algo en un mueble. Reapareció

con una caja oscura, metálica, del tamaño de un joyero. La tendió fríamente a Devlin.

—¿Es... el dinero? —jadeó el médico, tembloroso del codicia.

—Claro. Cuéntelo, a ver lo que hay. Y fijaremos la segunda y última cantidad a percibir. No pierda tiempo. Ya le dije que tengo prisa.

—Ven, Beverly... —susurró el viejo médico indigno— Contemos.

Ella, tan ávida de dinero como él, se inclinó, asintiendo. Abrieron la caja metálica. Había billetes de diferente valor, amontonados allí. Empezaron a contarlo, de espaldas a Strange.

Este estaba parado junto al cadalso de Ana Bolena.

Estiró despacio el brazo. Tomó el hacha de largo mango y afilada hoja. La quitó de los dedos del verdugo. La enarboló con lentitud.

Luego, de repente, avanzó unos pasos hacia Devlin y la enfermera Maddern. Alzó el hacha con ambas manos... Beverly fue quien le vio. Desorbitó sus ojos, aullando. Soltó los billetes.

—¡Cuidado! — gritó—. ¡Doctor, mire eso! ¡No, Jason, no...!

Strange, antes Jason Shelley, descargó la siniestra herramienta sobre el doctor y su enfermera repetidas veces.

*

Skelton Burns cojeaba pronunciadamente, arrastrando una pierna rígida. También tenía un ojo vaciado, y en su lugar brillaba el vidrio redondo e inexpresivo de un ojo artificial. Era un hombre enjuto, huesudo, pálido, desagradable y vestido enteramente de negro, con guantes ciñendo sus manos de largos y huesudos dedos.

Pero Skelton Burns era silencioso, eficiente y leal. No preguntaba nunca el porqué de las cosas. Si Bruce Strange, su amo, le ordenaba matar, mataba. Si le ordenaba callar, su boca no se despegaba en absoluto.

Esta vez, no fue ninguna excepción.

—Ya está todo hecho, señor —dijo lentamente.

—Bien... —Jason miró en torno, complacido. Respiró hondo—. Bien, Skelton. Ni rastro de sangre... Los cuerpos mutilados, al fondo del río, por esa trampa que hay atrás de este barracón, justo sobre

las aguas. ¿Llevaban suficiente lastre?

—El necesario para no salir a la superficie en mucho tiempo. Cuando lo hagan, será lejos de aquí. Y no los reconocería ni su propio padre —sonrió siniestramente Skelton, centelleándole el ojo de vidrio con la roja luz de la sala demoníaca.

—Eso, lo creo. ¿En cuanto a las cabezas...?

—Esa ha sido una buena idea —afirmó, señalando el cesto del verdugo en el cadalso. Rio burlón el servidor de Strange—. Usted tuvo una idea brillante, señor. Cabezas de verdad para la atracción de Ana Bolena. Un leve baño de cera... y las caras de ese Devlin y su enfermera debajo. Si este negocio se explotara, nadie imaginaría lo real, lo tremendamente real que es ahora esa atracción...

—Está bien. Vamos ya —miró impaciente en derredor—. Mañana hay mucho por hacer. Y hoy debo descansar. Ese maldito doctor alteró mis nervios... En marcha, Skelton. A casa.

—Como usted ordene, señor.

CAPITULO III

Los ojos fríos y serenos del desconocido se clavaron en ella.

—¿Señorita Reed? ¿Hazel Reed?

—Sí, yo soy —le contempló pensativa—. ¿Qué es lo que desea de mí?

—No estoy muy seguro de ello —sonrió él, inclinándose cortés —. Ante todo, felicitarla por su magnífica interpretación de esta noche. Me ha cautivado usted en escena, créame. Tanto por su belleza, como por su calidad de actriz.

—Es muy amable de su parte —arrugó deliciosamente el ceño ella—. ¿Solamente para felicitarme ha subido a mi camerino, señor?

—Para eso, y para saber si es cierto que va usted a casarse con un caballero muy conocido en la buena sociedad londinense. Me refiero a Bruce Strange.

—Los periódicos ya publican la noticia, señor —sonrió Hazel dulcemente—. De modo que no creo que necesite usted hablar conmigo personalmente, para..., para algo así.

—Debe perdonarme. Puedo parecerle un poco curioso, pero... —el visitante había extraído de su bolsillo un colgante de plata, que hacía oscilar mecánica, distraídamente, entre sus dedos, frente a la mirada curiosa de Hazel, que se fijó en el objeto aun sin querer.

—Pero ¿qué, señor? —replicó ella—. ¿Tiene su curiosidad alguna justificación?

—Me temo que la más tonta y vulgar de todas, a juicio suyo. Es una impertinencia, señorita Reed, pero siento que usted me atrae. No me gusta que esté prometida a Strange.

—Lo lamento —cortó ella, fría. El seguía jugueteando con el colgante—. Si no tiene más que decirme...

—No, nada más. Sólo que parece usted cansada. Cansada... Cansada... ¿Por qué no descansa, señorita Reed? ¿Por qué no cierra sus ojos... y reposa?

Hazel Reed miraba fijamente el colgante, las oscilaciones de la luz de gas en él... Dócilmente, cerró los ojos, muy lentamente, en tanto él repetía sus palabras pausada, rítmicamente.

Por fin, supo que la tenía completamente sumida en el trance

hipnótico. Se inclinó hacia ella. Preguntó en un murmullo:

—¿Me escucha bien, Hazel?

—Sí —musitó ella, impasible—. Le escucho bien.

—¿Va a hacer todo cuanto yo diga, Hazel?

—Haré todo cuanto usted diga.

—Bien… —la contempló satisfecho. Miró en torno, al camerino. Cerró la puerta con el pestillo, y regresó lentamente hasta ella—. Soy su amigo. Yo soy su amigo, Hazel.

—Sí. Usted es mi amigo…

—Quiero librarla de peligros. Librarla de un malvado.

—Quiere librarme de peligros. Y de un malvado. Sí, le escucho.

—Quiero que me responda sinceramente, Hazel. ¿Cuánto hace que conoce a Bruce Strange?

—Hace… meses. Ocho meses. Me cortejó. Es correcto, elegante, obsequioso. Se hizo muy amigo de papá.

—¿Se enamoró usted de él?

—No. Me parecía agradable, culto, simpático, cautivador… Tal vez me enamoré luego.

—¿Está segura de eso? —No, no estoy segura. No sé si le amo. Pero me atrae. Me cautiva.

—Sí. Strange es seductor. Gusta a las mujeres. Debe estar segura de lo que siente por él, Hazel. ¿Nunca le ha hablado él de su pasado, de dónde vino, lo que hizo? —No, nunca. No se lo he preguntado. —No se lo pregunte. Pero no se fíe de él. ¿Me entiende?

—Sí. No me fiaré de él.

—No se lo demuestre, pero… dude. Ese hombre puede ser peligroso para usted. Puede desear incluso… su muerte, Hazel. ¿Recordará esto? —Sí, lo recordaré.

—Está bien. Recuerde también que yo soy su amigo. Mi nombre es Roger. Roger Hastings. Confíe en mí. Recurra a mí, si se ve en peligro. ¿Lo hará?

—Lo haré, sí.

—Es todo, Hazel. Repose. Descanse. Dentro de unos segundos abra los ojos. Retenga todo eso. Pero olvide que yo se lo aconsejé —volvió a abrir la puerta—. Ya…

Hazel suspiró. Pestañeó. A los cinco o seis segundos, miraba fijamente a Hastings, que sonreía cortés.

—¿Qué me sucedió? —musitó ella—. ¿Me he dormido acaso?

—Cielos, no —sonrió Roger—. Se quedó abstraída un momento, como pensando en algo. Eso ha sido todo. Creo que debe perdonarme. Tiene usted muchas cosas en qué pensar, para preocuparse de un admirador más que desearía seguirla viendo soltera, señorita Reed. Buenas noches, y disculpe.

Fue hacia la puerta. Ya en ella, Hazel le hizo una pregunta:

—Un momento… ¿Cuál es su nombre, señor?

—Hastings —suspiró él—. Roger Hastings.

—Bien, señor Hastings. Buenas noches —le dirigió una suave sonrisa—. Y no estoy molesta con usted, puede creerlo. En absoluto.

El la miró, risueño. Inclinó la cabeza.

—Gracias —murmuró. Y abandonó el camerino.

Avanzó por el corredor de camerinos del Royal. Descendió la escalera hacia la salida del escenario. Al abrir la puerta, se quedó parado en seco. Ante él, un hombre alto se disponía a entrar, con un bello ramo de fiord. Un caballero de barbita recortada, traje gris y ojos helados.

Ambos hombres se midieron con ojos glaciales, inexpresivos. Parecían dominar sus respectivas reacciones, sus sentimientos interiores.

—Perdón —sonrió Hastings—. ¿Nos conocemos acaso, señor?

—No —negó fríamente Bruce Strange—. En absoluto señor. ¿Me permite pasar?

—Claro. Pase —se hizo a un lado. El otro siguió hacia el escenario, con sus flores. Hastings, con tono cortante, afilado, fingió recordar entonces. Y descargó su golpe sobre el caballero de las flores—: Juraría que le vi una vez… en un cementerio, señor.

Strange fingió no oírle. Siguió con su paso firme, dándole la espalda. Roger sonrió, cáustico. Y abandonó el teatro, hundiéndose en la fría niebla.

Strange subía las escaleras hacia los camerinos. Estaba ahora bastante pálido. Su mano tenía un leve temblor, igual que sus ojos glaciales.

—Roger Hastings en Londres… y aquí —silabeó—. No puede ser casual. Algo busca. Me ha recordado en seguida. Sabe que soy el hombre que vio en el calesín, el día del funeral. ¿Sabrá o

sospechará quizá algo más?

Meneó la cabeza, y continuó para sí, remachando sus pensamientos:

—Tendré que encargar a Skelton que se ocupe de él... de una vez por todas.

*

—¿No será peligroso el juego, señor?

—Claro que lo es, Rahma —suspiró Hastings, paseando por la habitación. Miró de reojo a su fiel servidor hindú. Bajo el turbante de seda blanca, la piel de Rahma parecía bronce vivo. Los ojos eran dos cuentas de azabache centelleante—. Pero quiero llegar al fondo de todo esto. Sea el que sea. Sabes que lo he decidido así.

—Sí, señor, pero me pregunto cuál será ese fondo.

—Yo también. Cuando lo alcance, podré decírtelo.

Rahma no dijo nada. Paseó por la estancia también.

Ceñudo, se detuvo ante un ventanal asomado a la noche, a la niebla gris. Habló lentamente, abstraído:

—Usted me dijo que sospecha algo horrible. Un crimen, por ejemplo.

—Sí, Rahma. Puede haber más crímenes, si es cierto algo de lo que sospecho. Si Bruce Stranger es Jason Shelley, hubo un complot siniestro del que fue víctima mi prima. Eso significó dinero abundante para Jason Y una nueva identidad. Y la impunidad absoluta.

—¿No se atreve a ir a Scotland Yard con todo eso, señor?

—No. Aún no. Hay otra muchacha por medio: una hermosa y rica joven, famosa por su labor teatral y su belleza. Un buen bocado para Jason Shelley, si es él Quiero llegar a la verdad por sus pasos contados, Rahma, ya te lo dije.

—La verdad... —repitió sordamente el hindú—. ¿Y cuál es la verdad, señor?

—Ya te dije que sólo tengo sospechas, no evidencias. Hay que esperar.

—No me refería a eso, señor —Rahma se volvió bruscamente. Los ojos eran insondables, enigmáticos—. Yo me estaba preguntando ahora... ¿Es todo tan sencillo como parece? ¿Tiene

todo una explicación real?

—No te entiendo... —frunció el ceño Hastings—. ¿A qué te refieres ahora, Rahma?

—No sé,.. Es algo que percibo. Algo que intuyo... Quisiera saber qué puede ser ello, y no logro centrar mis pensamientos.

—Es la primera vez que me hablas así de este asunto —se sorprendió Roger.

—Cierto, señor. Hemos llegado a Londres siguiendo todo lo investigado, y estaba seguro de que su teoría es cierta, y ese hombre está aquí, con otra identidad, preparando una nueva felonía. Desenmascarándolo, todo terminaría. Hasta ahí, las cosas parecían tal y como eran, pero...

—Pero ¿qué, Rahma? Tú siempre has tenido cierta percepción especial, un sexto sentido o cosa parecida, para ciertas cosas. Dime ahora: ¿qué intuyes o sospechas?

—Quisiera..., quisiera saberlo, señor —miró la niebla, y se estremeció. Cerró los ojos con un suspiro—. Es..., es algo. Algo que está ahí afuera, acechando en la niebla... Lo presiento. Lo sé. Casi puedo notar su proximidad, pero... no veo bien lo que ello sea. En cierto modo es..., es intangible. Acaso solamente una sombra..., algo de más allá de la misma vida.

Roger Hastings frunció el ceño, pensativo. Sacudió luego la cabeza.

—No sé, Rahma —suspiró—. Este misterio tiene mucho de macabro, pero todo es porque ese hombre debió fingir su muerte para provocar la de Yvette... No le veo ninguna otra cosa fuera de este mundo,

—Yo sí —se tocó las sienes—. Lo noto cerca. Se aproxima a nosotros, señor, Quisiera decirle algo más..., pero no puedo. No puedo... y lo siento.

Hastings contempló preocupado a su servidor hindú. Estaba habituado a fiar de su sensibilidad extrema, de su intuición para cosas más allá del entendimiento normal. Quizá por ello, se sintió incómodo, alarmado.

Y lo malo es que ni siquiera sabía de qué.

*

Skelton Burns sonrió. Su ojo único se movió malignamente en su órbita. Brilló el de vidrio como el de un muñeco. Arrastrando su pierna rígida, llegó a la cómoda, cuyo cajón superior abrió. De entre una serie de pliegues de ropa, extrajo un afilado y largo cuchillo. Su sonrisa se alargó, siniestramente.

—Roger Hastings —dijo—. No ha sido difícil dar con él en ese hotel de la City… Y ahí le sorprenderá la muerte, maldito puerco entrometido. Es la orden del patrón… y Skelton siempre cumple sus órdenes.

Contempló, entre las ropas, el retrato oval que guardaba siempre su amo, como único nexo con su vida anterior. Skelton estaba habituado a ver allí al que entonces era Jason Shelley, junto a su bella esposa, la morena y arrogante Yvette. Sacudió la cabeza, cerrando la gaveta de nuevo.

—No sé por qué guarda esas cosas —refunfuñó—. Si la policía o su primo lo encontrasen, podrían darle un buen disgusto… Aunque por su querido primo de la India, no tendrá que preocuparse ya por mucho tiempo.

Guardó la hoja de acero bajo sus ropas. Tomó un macferlán y un sombrero. Se dispuso a salir. Entonces giró la cabeza, sorprendido.

—Es raro —dijo—. Juraría que oí abrirse la puerta del piso.

Escuchó. No. No se había equivocado. Un rumor de pasos se aproximaba hacia la alcoba donde se encontraba. No había dudas sobre la persona que llegaba. Solamente su patrón tenía llave para entrar sin llamar.

—¿Es usted, señor? —preguntó—. Creí que estaba hoy de compras con la señorita Reed.

Los pasos seguían aproximándose a él. Y Shelley —o Strange— no contestó a su criado y esbirro fiel. Eso no era habitual en él.

—Todo está a punto, señor —dijo en voz alta—. Ya me marchaba. ¿Necesita algo más de mí?

La puerta chirrió levemente. Skelton se volvió para decir algo, sorprendido de su silencio. Emitió un grito ronco, y se le erizaron los cabellos.

Aquella mujer…

Permanecía erguida en la puerta, sus ropas blancas flotaban, entre encajes y lazos. Estaba pálida. Muy pálida. Demasiado pálida. Y aquellas ojeras, aquellas sombras en torno a los ojos negros.

El pelo negro, como ala de cuervo... La belleza pálida.

—Señora... —jadeó, estremecido—. ¿Quién es usted? ¿Qué desea? Se equivocó, sin duda.

Ella no hablaba. Nunca hablaba, al parecer. Se movió. Se movió hacia él. Andaba..., andaba descalza, sobre la alfombra. El roce era pausado, lento.

Las luces de gas temblaron. Skelton tuvo miedo por primera vez, sin saber por qué. Dio un paso atrás. Incluso cometió el error de extraer bruscamente su largo, afilado cuchillo. El que iba destinado a Roger Hastings…

—No... ¡no se acerque! —jadeó—. ¡No lo haga, señora, o... la mato!

Ella le miró extraña, alucinada, De repente, sus labios exangües se abrieron. Una larga carcajada demencial escapó de aquella boca. Los cabellos de Skelton se erizaron.

Detrás..., detrás de la mujer aquella, morena y fantasmal, venía alguien más... ¡Otra mujer avanzaba hacia él, con paso de espectro!

Skelton Burns entendió de repente. Reconoció a la mujer de ropaje blanco como una mortaja funeraria. Recordó el retrato oval, en el cajón de la cómoda.

—¡Usted! —aulló—. ¡No, no puede ser! ¡Usted..., señora Shelley!

Y despavorido, enloquecido de horror, miró también a aquella otra mujer que iba en pos de Yvette Shelley... Aquella mujer de cabello castaño claro, de formas exuberantes alguna vez.

Tenía la cara arañada, los brazos desgarrados... Una expresión pavorosa, como la tendría una mujer enterrada viva al querer salir de su féretro... Se movía espectral, lenta, solemne, fija su mirada vidriosa, en unas cuencas profundas, en torno a las cuales la carne humana era ya algo putrefacto, goteando pus o materia hedionda. Un fuerte hedor a muerte, a panteón, a carne podrida, hirió el olfato del aterrorizado Burns.

Este, completamente despavorido ya, se arrojó contra la ventana que había tras de sí. Los vidrios se quebraron en mil pedazos, su cuerpo saltó a la calle, sumergiéndose en la niebla, que lo engulló. Abajo, en el empedrado, su cabeza sonó como una calabaza resquebrajada. Y todo terminó para él.

Arriba, la luz de gas osciló de nuevo, se apagó al soplo del frío

aire del exterior... o acaso porque las dos mujeres surgidas de la tumba, Yvette Shelley y el espectro purulento de la doncella Muriel Nash, enterrada en vida por Jason, daban media vuelta sobre sí mismas, impávidas y espectrales, para dirigirse de nuevo a la salida.

Del cuerpo de Muriel se desprendía a la alfombra un rastro apestoso a corrupción humana.

En el piso vacío, no quedó ni luz ni existencia humana alguna. Una puerta crujió al cerrarse. Unas figuras rígidas se perdieron en un corredor desolado, apagándose las luces de gas acá y allá.

Una mujer de mediana edad subía las escaleras cuando se cruzó con los espectros. Exhaló un largo alarido de pavor, y escapó escaleras abajo, tirando sus compras y emitiendo gritos de horror.

Las mujeres alucinantes ni siquiera le prestaron atención.

CAPITULO IV

—No, eso no es posible… —se enjugó Jason Shelley el frío sudor de su frente, y miró asombrado al Inspector Lockwood, de Scotland Yard.

—Pues la testigo insiste en ello. Sufre una impresión terrible, y tiene que recibir calmantes sin descanso. La pobre mujer está horrorizada. Y dice que las dos mujeres salían de este piso, y bajaban la escalera como en trance.

—Dos mujeres… ¡Pero mi criado Skelton no hubiera recibido nunca a ninguna mujer en mi ausencia! —rechazó el supuesto Bruce Strange—. Y menos… a dos mujeres de esas señas. Debían ser terriblemente desagradables para que esa mujer esté así… ¿Cómo las describe ella, inspector?

—Bueno, la suya es una descripción algo extraña y poco de fiar —sonrió Lockwood, escéptico—. Asegura que una vestía un *deshabillé* blanco, con encajes y lazos. Era alta, pálida, de pelo y ojos negros.

—Cielos… —las manos de Shelley temblaron. Aquella descripción… Nervioso, saltó con apremio—; ¿Qué más? ¿Y la otra, cómo era?

Lockwood le miró curioso, enarcando las cejas, Pero no hizo comentario alguno. En vez de ello, expuso lentamente los detalles:

—Eso es peor. La otra dice que parecía un cadáver descompuesto, arañado, espantoso. Una mujer ligeramente rubia, de ojos grises, de figura vulgar y opulenta…, pero con el aspecto de un cuerpo que empieza a pudrirse, Strange. Como verá, nada sensato.

La mente de Shelley trabajaba activamente. El horror lo rechazaba su razón, pero estaba allí una extraña evidencia, en labios de una mujer desconocida: las descripciones de Yvette y de Muriel.

Las dos mujeres enterradas en el mausoleo de Ramsgate,

—No, no tiene sentido —jadeó al fin, sacudiendo la cabeza—. Mi…, mi criado debió enloquecer de repente, para arrojarse por la ventana… O acaso sufrió un accidente, no sé.

—Es posible, señor Strange —convino el inspector—. Pero ¿y las

dos mujeres? A menos que la testigo viera visiones…, eso no tiene explicación aún.

—Ni la tendrá. Esa mujer debía de estar borracha —dijo abruptamente Shelley.

—¿Borracha? No, el médico dice que no había probado ni una gota. Lo comprobó inmediatamente apenas la atendió.

—Pues no lo entiendo, inspector.

—Yo tampoco, amigo mío. Me preocupa el asunto porque usted es el futuro esposo de Hazel y, por tanto, es deber mío ayudarle en todo. Nuestro común amigo Bernard Reed es la otra razón para que trate de cooperar con usted y evitarle problemas, Mis hombres están inspeccionando ahora el piso y…

Lockwood se detuvo. Ya dos agentes de uniforme salían de la vivienda de Strange, con algo en sus manos. Shelley, inquieto, les miró. Un sudor helado invadió su cuerpo cuando vio en las manos de uno de los policías… el retrato oval. Con él y con Yvette.

—Encontramos esto en un cajón —dijo el policía—. ¿Es suyo, señor Strange, verdad?

—Sí, sí… —tembloroso, él tomó el retrato vivamente—. Es un viejo retrato familiar. Una prima mía… y yo.

—No, por favor —el policía recuperó con cierta brusquedad el retrato. Se lo dio a Lockwood, que escuchaba todo atentamente—. Perdone, señor Strange, pero el inspector debe ver ese retrato. La dama de ahí coincide exactamente con la descrita por la testigo.

—Es cierto —Lockwood miró a Yvette. Luego, alzó sus fríos ojos hacia Shelley—. ¿Cómo se lo explica usted?

—Oh, no tiene sentido —rechazó Jason, forzando una mueca—. Es…, es una prima ya fallecida. No puede tener relación con todo esto.

—Hay algo más, inspector —habló un *policeman.*

—¿Qué?

—Huellas de…, de descomposición en la alfombra. Como si un cuerpo humano, en estado de putrefacción, hubiera sido movido sobre esa alfombra.

Los cabellos de Jason se erizaron. Y el inspector Lockwood puso un gesto de profunda sorpresa.

*

Roger Hastings estaba asombrado.

Tanto, que no atinaba a despegar los labios. Y ella, Hazel Reed, había terminado ya su increíble relato.

La contempló, asombrado. Caminó hasta la puerta del camerino. Descorrió el pestillo. Regresó junto a Hazel, y la despertó con suaves pases hipnóticos. Luego, fingió estar inclinado todavía sobre el hermoso ramo de rosas que había llevado al teatro esa noche.

Hazel despertó apaciblemente. Sonrió, mirándole. Movió la cabeza, risueña.

—Son preciosas las flores, señor Hastings... Se lo agradezco de veras. Me quedé tan absorta contemplándolas que..., que ni siquiera advertí otra cosa.

—Sí, comprendo —Roger procuró dominar sus emociones, mostrándose trivial—. Señorita Reed, me complace que acoja usted mi visita de hoy con simpatía.

—Es usted un caballero amable y cortés. ¿Por qué no habría de recibirle? —Hazel puso un gesto delicioso—. Además, ya le dije que simpatizo con usted. Espero que perdone mi posible frialdad inicial, pero recibe una visitas de tantos inoportunos a veces.

Roger se disculpó un momento después, ausentándose. Rápidamente, se reunió en la calle con Rahma, su servidor hindú, que esperaba en el carruaje detenido ante el teatro. Partieron hacia el hotel.

—Ocurre algo grave, Rahma —dijo Hastings.

—¿Grave, señor?

—E increíble, además. Hazel Reed me ha referido lo que su padre sabe a través del inspector Lockwood, de Scotland Yard. Es la historia más fantástica que jamás escuché.

—Cuéntemela, por favor —pidió el hindú seriamente, mirándole.

Roger lo hizo. El relato de la muerte del criado de Bruce Strange, y de lo que viera una testigo casual, pareció hacer profunda mella en el hindú. Quizá demasiado profunda, a juicio de Roger.

—Ya lo tengo... Era eso... —musitó el oriental, gravemente.

—¿Qué es lo que tienes, Rahma? —se intrigó Roger.

—Algo fuera de lo normal. Algo inexplicable. Algo siniestro que

anda cerca de nosotros, en la niebla que nos rodea... —señaló hacia las brumas callejeras, más allá del carruaje—. Señor, creo que algo espantoso se ha desencadenado de repente.

—Pero... ¿el qué?

—No lo sé aún. Recuerde los ritos religiosos del Tibet, señor. Los secretos de algunas sectas de mi país... Cadáveres que andan... Muertos vivos...

—¡Zombies! —se estremeció Roger, palideciendo.

—Llámelos como quiera. Alguien que tiene poder sobre los muertos, hace de ellos deambulantes horribles.

—Sí, pero ¿quién? —jadeó Roger. De repente, sus ojos brillaron —. A menos que...

—Sé lo que está pensando, señor —Rahma entornó los ojos negros, centelleantes—. A menos que... la señora Shelley, su prima Yvette..., hubiese recordado los ritos en los que se inició, allá en la India, siendo rechazada por mis compatriotas.

—Yvette... —la voz de Roger se quebró—. Pero prima Yvette murió,

—Tal vez salió también de la tumba. Su descripción coincide con ella... Una de esas dos mujeres de otro mundo puede ser Yvette Shelley, que ha vuelto para vengarse del esposo desleal.

—Dios mío, es alucinante —gimió Roger—. No puedo creerlo.

—¿No puede creer en muertos que caminan? —se extrañó Rahma.

—Lo creería allí, en tu país... ¡Pero aquí, en Londres...!

—Algo ha movido en sus tumbas a esas dos mujeres... Acaso el común deseo de la venganza más allá de la muerte. Han vuelto, no le quepa duda.

—Espera... Espera, Rahma —musitó Hastings, sudoroso. Empezó a enumerar—: Imaginemos que Jason provocó la muerte de Yvette..., de acuerdo con Muriel, que sería la encargada de sacarle a él de su féretro... Luego, pagó esa complicidad asesinando a Muriel. La introduciría en el ataúd. Ella despertó sepultada allí... Se arañó, se destrozó, hasta llegarle la horrible muerte, enterrada en vida. A su lado, se puso el féretro de prima Yvette. Y luego, con el tiempo, ambas vuelven de la tumba, vienen a Londres, en busca del hombre que las traicionó... Cielos, no. Aun así, suena demasiado inverosímil todo. ¿Quién pudo mover las fuerzas sobrenaturales, los

poderes de ultratumba para..., para hacer que anden los muertos, Rahma?

—No lo sé, señor. Pero algo es evidente: si ése es el caso que nos ocupa, otras personas aparte de Jason Shelley están en peligro.

—¡Hazel! —estalló Roger—. Ella..., ella va a ser la esposa de Jason... Para unos seres surgidos de la tumba, tal vez el hecho de que esa boda se vaya a efectuar siguiendo los planes perversos de Jason, no cuente demasiado. Son mujeres, Rahma. Mujeres que odian y desean venganza desde sus ataúdes abandonados... Mujeres que destruirán a Hazel, si ello les es posible.

—No me sorprendería, señor —dijo apagadamente el hindú, afirmando con la cabeza.

*

Bernard Reed se sentía satisfecho.

Hazel estaba algo nerviosa últimamente. Los preparativos de boda, los extraños sucesos de dos noches atrás, en casa de su prometido, Bruce Strange... Todo eso había contribuido a desquiciar un poco su equilibrio habitual.

Aprovechando el día que no había función en el Royal, Bernard Reed había dado a su hija un buen consejo; debía irse al campo, cerca de Londres, con sus tías Agatha y Claire. Él se quedaría en casa, ultimando preparativos para la inminente boda.

Entre ellos, el traje de novia.

Acababan de traerlo de la principal casa de modas de Londres. Un bello modelo blanco, vaporoso y sugestivo, que el maniquí lucía bellamente, pero que sobre la delicada anatomía de Hazel sería mil veces más atractivo y lleno de elegancia.

Bernard Reed contempló una vez más el vestido de novia en su maniquí, y se apresuró a encaminarse a su despacho, para ultimar las tarjetas de invitación a la ceremonia y a la recepción nupcial.

Quería que para la siguiente semana, cuando tuviera lugar el enlace, todo estuviese a punto. Strange había prometido venir a ayudarle en los detalles finales, pero sin duda el trágico e inexplicable fin de su criado le había trastornado un poco. Era ya muy tarde esa noche, y Strange no parecía que fuese ya a acudir.

—Tal vez me equivoqué —dijo sonriendo Reed, parándose en la

puerta del despacho. Escuchó los pasos por la gran escalera ascendente desde el vestíbulo y sacudió la cabeza—. No espero a nadie, de modo que debe ser él.

Entró en el despacho. Se sentó, llamando a través de la puerta abierta:

—¡Puede pasar, Bruce, querido amigo! Estoy preparando las invitaciones… No creí que viniese, siendo ya tan tarde.

Strange no contestó, pero los pasos suaves sonaron más cercanos sobre la espesa alfombra. Reed siguió rellenando tarjetones, con su caligrafía cuidada. La luz del gas osciló sobre su cabeza. Levantó los ojos, intrigado, y observó que no había corriente de aire alguna.

—Tal vez el conducto del gas ande obstruido —se dijo, encogiéndose de hombros. Y agregó en voz alta—: Vamos, Bruce, no sea tan lento, muchacho. Entiendo que debe sentirse un poco aturdido, pero… Eh… ¿Qué significa? ¿Quién es usted, quién la dejó llegar hasta aquí y…?

Los ojos dilatados de Bernard Reed contemplaban a la mujer hierática que acababa de surgir, como un espectro, en el umbral.

Una mujer de negro pelo y negros ojos, de pálida faz, de labios sin color. De ropas amplias, blancas, crujientes, con lazos y encajes.

Tras ella… una hedionda forma de mujer en pie, descomponiéndose en purulencias increíbles…

—¡Dios, no! —aulló Reed, incorporándose de un salto, y derribando su silla—. ¡Ustedes son…, son las mismas mujeres que vieron en casa de Strange…! ¿Qué significa esta fea broma?

El aire despedía ahora un fuerte hedor a corrupción, a carne podrida… El gas se apagó, con una oscilación violenta, en la lámpara de la pared.

Las dos siniestras mujeres avanzaron hacia Bernard Reed. Despacio, sigilosas, como sombras rígidas…

—¡No sé lo que pretenden, pero esta es mi casa y tengo derecho a defenderme! —rugió Reed.

Su mano fue rápida a la gaveta de su mesa de trabajo. Tiró de ella. Aferró un revólver, que levantó contra sus espectrales visitas nocturnas. Disparó dos veces a bocajarro.

El estruendo de las detonaciones invadió la casa, Los fogonazos restallaron ante las dos mujeres.

No sucedió nada. Ellas siguieron avanzando, avanzando... Bernard Reed creyó morir de asco al sentir aquel olor de náusea. Unas manos viscosas, medio podridas, tocaron su piel. Retrocedió hasta el muro, angustiado.

Disparó de nuevo. Las balas atravesaron a ambas mujeres, sin resultado alguno al parecer.

Enloquecido Reed trató de forcejear con ellas. Espantado, miró hacia la puerta, la única salida que tenía, caso de desasirse de aquellas dos criaturas infernales.

¡Había allí nuevos monstruos!

Dos cuerpos humanos bañados en sangre, hendidos por enormes tajos de hacha... Un hombre y una mujer... ¡sin cabeza!

Los cuerpos decapitados se movían, avanzaban hacia él también, siguiendo en paseo delirante a las dos mujeres que iban delante. Aquel dantesco desfile causó la locura a Bernard Reed, que chilló y chilló, manoteando contra las mujeres malditas, intentando salir de allí de alguna forma.

Los brazos de mujer, los de la hembra y el individuo decapitados, todos ellos se unían como una red, como una telaraña, para encerrarle en agobiante horror.

Y así, lentamente, de modo asfixiante, Bernard Reed se veía impotente para salir, manchado de purulento líquido verdoso, nauseabundo, que goteaba de aquellos cuerpos en estado de descomposición... Sólo la mujer de pelo negro parecía intacta, hermética, lejana y terrible a la vez.

Dejaron en el suelo, agonizando, desangrándose, al padre de Hazel. Se movieron hasta el traje de novia," que sufrió los mordiscos, zarpazos y desgarrones de la enfurecida, rabiosa, babeante Yvette Shelley...

Cuando dejaron el traje colgando del maniquí, aquel no eran sino jirones ensangrentados o fétidos, salpicados de verdoso caldo de cuerpo humano en descomposición.

Pausadamente, los seres demoníacos iban recorriendo la casa, como si buscaran a alguien. Alguien que ese día no estaba allí.

Dos mujeres y dos seres decapitados de diferente sexo. Un cuarteto de pesadilla inconcebible, deambulando en silenciosa, mortal procesión.

En el despacho, Bernard Reed no era ya sino un cuerpo agónico,

sobre un auténtico mar escarlata.

Poco más tarde, la niebla de Londres recibía de nuevo al horror andante.

Y entonces, un alarido de horror sin límites brotó del inesperado testigo de la escena terrorífica.

Las figuras espectrales se volvieron inmediatamente. Los ojos de Yvette eran como la muerte misma, contemplando al ser odiado desde más allá de la tumba.

Y Jason Shelley, ahora Bruce Strange, emitió otro alarido terrible, extendió sus manos, dejando de ir hacia la vivienda suntuosa de los Reed, y retrocedió vivamente, con el pavor y la incredulidad en su rostro,

—¡Yvette, Muriel, Devlin, Beverly…! —jadeó, convulso, reculando hacia la niebla nocturna—. ¡Vosotros…! ¡Vuestros cuerpos nauseabundos, Dios mío! ¡Eso no puede suceder! ¡No es posible, cielos!

Y los cuatro seres abominables caminaban hacia él. Rectos hacia él.

En ese momento, la aparición de los carruajes de caballos y el repetido silbato de la policía, puso en el ambiente una nota de virulencia.

Los muertos vivientes se detuvieron fríamente, Ojos inexpresivos y fríos contemplaron a los que llegaban en gran número. Dos cuerpos sin cabeza se movieron pesadamente, dudando.

Luego, como de común acuerdo, los cuatro monstruos se hundieron en la niebla, en una calle mal alumbrada. Unas farolas de gas cercanas oscilaron violentamente, antes de extinguirse.

—¿Se encuentra bien, Strange? —preguntó la voz tensa del inspector Lockwood, junto al lívido, descompuesto Jason Shelley.

—Sí, sí… Creo que sí… ¿Ha…, ha visto eso, inspector? Salieron de…, de casa de Hazel… ¡Eran cuatro, y dos no llevaban siquiera…!

—Lo sé. Lo he visto. Señor Strange, parecían ir hacia usted ahora. De no llegar nosotros, no sé lo que hubiera sucedido. Un agente oyó disparos y avisó… ¿Va a contarnos qué es lo que sucede realmente?

—Sí, sí… —sollozó ahogadamente el falso Strange—. Creo que sí lo haré, inspector… Cualquier cosa será mejor que…, que esto

que he visto ante mis ojos esta noche.

Sollozaba aún, cuando le condujeron casi a rastras a uno de los carruajes policiales.

Los policías se desplegaban por doquier, haciendo sonar sus silbatos, y utilizando linternas de petróleo para buscar a los desaparecidos espectros.

Todo era en vano. No hallaron absolutamente a nadie. Lockwood se frotó el mentón, pensativo. Luego, sacudió la cabeza con aire desorientado.

—No, no es posible —masculló—. Debe tratarse de algún truco efectista, puro teatro. Esas cosas no suceden en la realidad.

—¡Inspector, aquí! —llamó otro agente—. ¡El señor Reed...!

Corrió Lockwood al interior de la casa. Cuando se encontró primero ante el traje de novia despedazado, temió ya lo peor. Y eso se confirmó al entrar en el despacho del padre de Hazel y encontrar su cadáver.

—Dios mío —susurró—. ¿Pero qué horror anda suelto por Londres estos días?

CAPITULO V

—Sí, ¿qué horror anda suelto?

Roger Hastings meneó la cabeza, demudado. El relato que ahora estaba oyendo de labios del inspector Lockwood lo confirmaba así.

Tras terminar el policía su declaración a Roger, contempló a éste fijamente, y luego pasó a ser él quien preguntase:

—No entiendo mucho de todo este lío, señor Hastings. Usted ha venido a verme cuando supo lo sucedido anoche, y yo gustoso se lo expuse todo. Ahora, me gustaría saber su versión de los hechos.

—Temo que no aclare demasiado. Soy primo de Yvette Shelley, la mujer a quien parecen haber visto vuelta a la vida por las calles de Londres. Ella murió de un ataque cardíaco, allá en Ramsgate. Sospecho que fue obra de su marido, Jason Shelley, que se' fingió muerto, con algún procedimiento extraño, para quedarse con su dinero y ser libre, además, bajo nombre falso,

—Sí, eso es cierto. Shelley ha confesado ya. Está desmoronado. Creo que le falta poco para enloquecer, tras lo que vio anoche.

—Quiero suponer que alguien, acaso mi propia prima

Yvette, puso en movimiento esos cadáveres, convirtiéndolos en zombies dotados de una vida propia que dirige a su antojo la persona que los maneja: Yvette, en este caso.

—Pero..., pero Yvette... está muerta también —musitó Lockwood.

—Eso es cierto, inspector. No sé lo que haya podido suceder para que ella también resucite, pero si volvieron de la tumba es por una razón concreta. Algo les mueve, y deseo saber qué es. Sólo así cabe en lo posible que se pueda combatir a esos monstruos movidos por una ciencia oculta, que hasta ahora perteneció solamente a secretas sectas de la India y de otros países remotos.

—Lo único cierto es que Shelley ha confesado. Cometió muchos crímenes. E iba a cometer otro sin duda el día que fuese el esposo de Hazel Reed. Pobre muchacha... Ha perdido a su padre, pero confío en que podamos salvarla de ese horrendo peligro llegado de ultratumba.

—¿La hace vigilar estrechamente, inspector?

—Por supuesto. Hay una auténtica red de policías en torno

suyo, en el teatro, en su casa… Ella quiere seguir trabajando, pese al fin trágico de su padre. Dice que una actriz debe sobreponerse al dolor, y que, de vivir su padre, elogiaría su decisión. Así están las cosas, señor Hastings, al llegar usted.

—¿Y Shelley?

—Arrestado, naturalmente. Pero hemos tenido que dejarle en manos de un médico especialista en enfermedades mentales y depresiones nerviosas. Le está tratando, a la espera de formalizar todas las acusaciones contra él.

—Shelley peligrará incluso en la cárcel. Para los seres que vuelven de sus tumbas, no parece ser difícil franquear los pasos más complicados. Recuerde que el odio de Yvette, después de muerta, tiene que centrarse en su marido… y en la mujer que él eligió como nueva esposa. Ese traje de novia destrozado nos da la prueba evidente.

—Esos espectros, si realmente lo son, no entrarán en la prisión, esté seguro. Y tampoco harán daño a Hazel. Nosotros nos preocuparemos de eso, señor Hastings. Es tarea de Scotland Yard evitar que las cosas no se compliquen.

—Eso espero, inspector —musitó Roger, con cierto tono de desconfianza, de inquietud tal vez.

Y salió del despacho de Lockwood en Scotland Yard.

*

—Y eso es todo, Rahma. No hemos podido llegar a más conclusiones…

Roger Hastings, cansado, se dejó caer en un sofá de su habitación del hotel. Su fiel criado hindú no dijo nada.

Estaba contemplando la niebla de la tarde, pensativo. Pronto iba a anochecer, y la densidad de la bruma, esa noche, parecía ser en las calles de Londres mayor que en todas las semanas anteriores.

—Yo sí he llegado a una conclusión, señor —dijo inesperadamente el hombre nacido en la India.

—¿Eh? —Roger le miró, con sobresalto—. ¿Cómo dijiste, amigo?

—Que he llegado a una conclusión.

—¿Cuál, Rahma?

—No va a gustarle, señor.

—Nada de esto me gusta. Preferiría luchar contra seres humanos, armados y feroces, incluso contra estranguladores de tu querido país, que contra fantasmas, muertos y seres llegados de la tumba… De modo que tengo que aceptar las cosas tal como son. Dime lo que se te ha ocurrido.

—Es algo fácil. Y lo explica todo: Yvette Shelley no está muerta.

—¿Eh? —pegó un respingo Roger—. ¿Qué dices?

—Ya me ha oído, señor. No ha muerto su prima.

—Hace meses de eso. No salió del panteón. ¿Cómo imaginas que pudo sobrevivir a un ataque cardíaco, y a un ataúd cerrado en una cripta familiar?

—Recuerde algo, señor. Algo que usted y yo habíamos olvidado. El padre de la señora Shelley… era cataléptico.

—Catalepsia… —Roger dilató sus ojos. Se excitó—. Cierto… No sufrió ningún ataque de catalepsia al morir, pero los había sufrido ya antes. Es un mal hereditario, Rahma.

—Exacto, señor. Ella lo heredó.

—Pero…, pero no tiene sentido. Sigo sin entender cómo sobrevivió.

—La catalepsia debió durar un tiempo… He estado leyendo hoy los diarios. Y la noticia me saltó ante los ojos, casi de modo casual.

—¿Qué noticia?

—En Ramsgate, señor…, han encontrado el cadáver de un hombre. No se le pudo identificar al principio. Luego se supo que era… un tal Cole, Un ladrón de tumbas.

—Un ladrón de tumbas… —Roger alzó una mano—. Espera, Creo que veo más claro. Dices que ese ladrón abrió la fosa… y debió revivir a Yvette. Ella… ¡ella le mató, o él murió de la impresión! Y así salió de la cripta, sin ser descubierta, quizá tras tapar ella misma toda huella de profanación del mausoleo.

—Eso es, señor. Imagine ahora lo demás, y tendrá la solución del enigma. Yvette aprendió en la India la forma de dar vida a los muertos. Su catalepsia, su odio, su afán de venganza, debieron enloquecerla. Ahora es un ser viviente de una fuerza terrorífica, capaz de mover muertos contra sus enemigos. Capaz de sacar de sus tumbas a todas las víctimas de Jason Shelley, como una maldición.

—Dios mío... —inclinó la cabeza, angustiado—. Y ahora andarán deambulando por ahí, en la noche, en la niebla que les envuelve como un sudario... buscando a Shelley, a Hazel... Menos mal que ellos dos están ahora a salvo, bien vigilados.

Golpearon en la puerta de la habitación con energía. Rahma y él se miraron en silencio. Fue a abrir, con prevención. Se echó atrás al reconocer a su visitante.

—¡Inspector! —saludó—. Inspector Lockwood, ¿usted aquí?

—Sí, señor Hastings. Y para nada bueno: Jason Shelley logró escapar del consultorio médico celular.

—¿Qué?

—Iba como enloquecido. Hirió al médico y a un enfermero, escapó... La niebla es muy densa y le protege en su fuga. Además, eso no es lo peor...

—Cielos, ¿hay algo más?

—Sí, señor Hastings. Hazel Reed...

—¿Qué le ocurre a ella?

—Jason fue en su busca, como demente. Hirió a un policía y se la llevó consigo. Ahora, los dos han desaparecido en Londres, en la niebla... No logramos dar con ellos.

—¡Cielos! —estalló Roger—. ¡Y los muertos que salieron de sus tumbas irán tras ellos! ¡Los encontrarán, no hay duda!

Rápidamente, Roger se precipitó al exterior, seguido por Rahma. Lockwood gimió, inquieto:

—Pero ¿adónde va, Hastings, si no sabemos siquiera dónde buscarles?

—No lo sé, inspector, pero tengo una idea —dijo Roger—. Una vaga idea que quizá sea la única esperanza.

CAPITULO VI

Era escalofriante.

—Bruce..., Bruce, ¿por qué me trajiste aquí? —gimió ella, demudada:

—No, no soy Bruce, preciosa... ¡Soy Jason Shelley, y estoy casado con una muerta que anda! —rio él, enloquecido, aferrándola brutalmente con su brazo. Señaló ante él—. ¡Mira, Hazel, mira eso! ¡No podemos huir! ¡No es posible huir de ella, ni de todos ellos! ¡Hemos venido a morir! ¡A morir juntos los dos, para que Yvette, la maldita Yvette, nunca halle la paz ni su venganza la llegue a satisfacer!

—No..., no deseo morir... contigo —gimió Hazel, estremecida, convulsa.

—¡Mira, mira ahí! —silabeó, demencial su tono y su gesto, Jason Shelley, mostrándole el patíbulo de Ana Bolena—. ¡Mira el poder de esa maldita harpía! ¡Mira lo que es capaz de hacer con sus diabólicos poderes!

Y Hazel lo veía... Lo veía y se horrorizaba, al comprender que aquel delirante horror era solamente el enloquecedor principio de un final atroz.

Porque en la cesta del cadalso algo se movía... Y saltaba fuera del cesto. Y dos cabezas que parecían de cera brincaban, movían los ojos, reptando hacia ellos como seres vivos... Y la cera se resquebrajaba. Y los cuellos chorreaban sangre y hedor. Y una risa dantesca escapaba de aquellas bocas corrompidas de hombre y mujer, en movimiento como alimañas...

—¡No, no, nooo! —chilló, cubriéndose los ojos, sintiéndose desvanecer de espanto.

—|Sí, sí! —reía, delirante, Shelley—. ¡Mira eso, preciosa! ¡Míralo! ¡Son las artes de esa bruja odiosa a quien yo mismo maté con mis manos...!

—No, no me mataste nunca, Jason —sonó la voz profunda, trémula, cruel.

—¡Yvette! —se revolvió, erizados sus cabellos, el demente asesino.

E Yvette apareció ante él. Erguida espectral, fantástica y

horripilante a la vez. Con la mueca de la muerte en los labios. Con una voz que no era de ultratumba, aunque lo parecía.

Yvette llegaba del fondo del barracón siniestro. Rodeada de todos los demás. De los decapitados, de Muriel… Las cabezas, mostrando ya su epidermis corrupta, saltaban a los pies mismos de Shelley y de Hazel, salpicándolos de sangre.

—Tú… Tú vives… ¡No has muerto! —silabeó Jason, lívido, descompuesta su faz como si la epidermis se descolgara a goterones.

—Sí, estoy viva, monstruo, canalla… Solamente sufrí catalepsia… Y moví mis fuerzas mentales contra ti, Levanté a los muertos de sus tumbas, siquiera por unos días… ¡Ellos acabarán contigo en mi nombre! Contigo y con esa bella víbora que iba a ser tu esposa.

Hizo un gesto. Los difuntos se movieron hacia la pareja, Hazel sollozaba, de rodillas. Shelley se limitaba a reír, completamente desquiciado ya en su oscura demencia.

Entonces surgió el grito rotundo:

—¡Prima Yvette, no! ¡No puedes mover el mal contra los demás! ¡No puedes manejar a los muertos sacándolos de sus ataúdes! ¡En nombre de Dios te pido que vuelvas atrás!

Ella se revolvió, delirante. Le señaló, temblorosa su mano.

—Roger… También tú morirás… —dijo, estremecida—. Por unirte a ellos… Por defenderlos… Por sentir algo hacia esa maldita mujer… ¡Todos estáis condenados!

—No, Yvette —suspiró Roger—. Si tú mueres…, todo muere contigo, porque tú lo mueves. Sé que vas herida de un disparo de Bernard Reed… Veo sangre en tu mortaja… Pero eso no basta para vencer tu poder demencial. Este disparo, por desgracia, prima mía…, sí servirá.

Yvette cayó, alcanzada de lleno.

Las cabezas cesaron de saltar. Los cuerpos fétidos y putrefactos cayeron como desmoronados. El mágico horror se terminaba allí.

—¡Hastings! —gritó Hazel, corriendo a sus brazos.

Jason Shelley reía, reía, en medio de los monigotes del barracón del Támesis. Seguía riendo cuando los *policernen* rodearon los cuerpos purulentos, y cuando le aferraron a él, que no opuso resistencia.

El hedor de muerte era ahora insoportable,
Y Roger se llevó de allí a Hazel.
Hacia la vida.

FIN